

EL CORREO DE ULTRAMAR

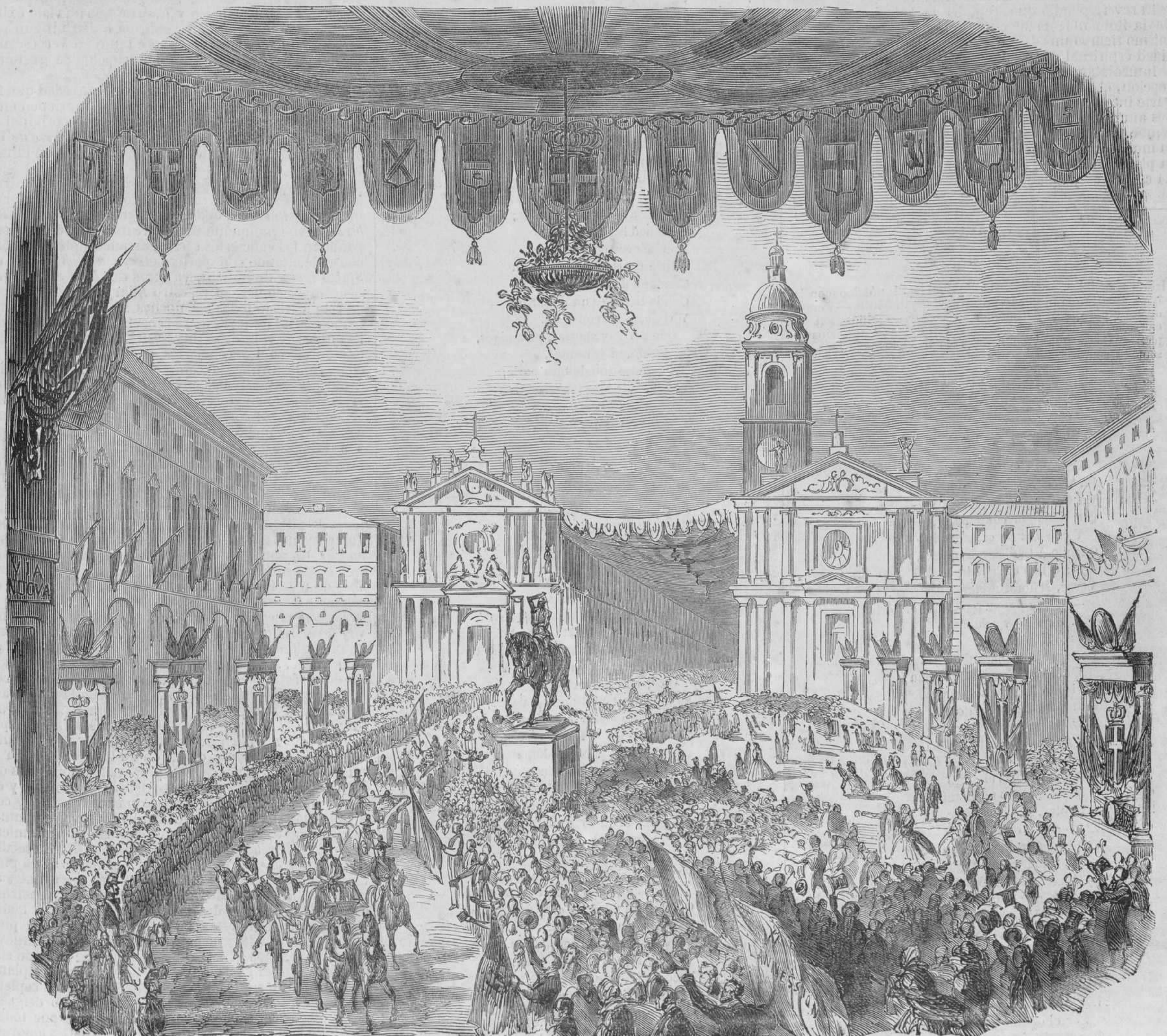
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 380.



LLEGADA DEL SEÑOR FARINI, GOBERNADOR DE LA EMILIA, A TURIN. — PASO DEL CORTEJO POR LA PLAZA DE SAN CARLOS.

SUMARIO.

Llegada del señor Farini á Turin; grabado. — Revista española. — El príncipe de Saboya Carignan; grabado. — La votación popular en la Toscana; grabados. — Fiesta popular en Milan; grabado. — Revista de Paris. — Tipos provinciales. — Costumbres de Tetuan. — Aldeanos toscanos dirigiéndose á votar á Florencia; grabado. — El ministro de Gracia y Justicia proclamando el resultado del sufragio universal en la Toscana; grabado. — El doctor Antonio. — Teatro de Marsella; grabado. — Los cantores de Pascua en Normandía; grabado. — Expedición de China; grabados. — Discurso pronunciado por M. Drouyn de Lhuys. | Revista de la moda. — Fiesta de caridad de San German en Laye; grabado. — Varada del navío *el Massena* en Tolon; grabado.

Llegada del señor Farini á Turin.

El conde Luigi-Carlo-Farini, gobernador de la Emilia, encargado de presentar al rey el resultado de la votación universal de las poblaciones de Parma, Módena y la Romania, llegó el 13 á Turin, siendo recibido con los mayores honores. La guardia nacional estaba formada delante del embarcadero del ferro-carril de Génova y las principales autoridades de la ciudad habían salido al encuentro del señor Farini. Una muchedumbre considerable esperaba al gobernador y le saludó con las mas ardientes aclamaciones.

Aquella tarde fué recibido por el rey en audiencia pública. S. M. tomó de manos del gobernador el acta de las operaciones de la votación. A esto precedió un discurso pronunciado por el señor Farini, en el cual este protesta, en nombre de la provincia de la Emilia en particular, de la gratitud de las poblaciones de la Romania y de su inviolable fidelidad.

El rey respondió que aceptaba la votación solemne de la Romania; la alocución de S. M. demostraba al mismo tiempo una deferencia respetuosa hácia la autoridad espiritual del papa.

Inmediatamente despues de la ceremonia de la recepción, el rey firmó el decreto declarando á la Emilia parte integrante del Estado. Una salva de 101 cañonazos anunció al público la conclusion de este acto solemne. Una inmensa aclamación se elevó del seno de la muchedumbre que se hallaba en aquel momento en la plaza del palacio. S. M. salió al balcón y fué saludada con vivas y aplausos.

Revista Española.

Virtudes sociales. — Teatros difuntos. — El público con la boca abierta. — Himeneo por cristal de aumento. — Versos de un amigo mio. — Conciertos sacros. — Exposición de cañones. — Mas batallas y mas victorias. — Anuncios de paz. — Cosas que vienen de Tetuan. — Preparativos de semana santa.

VIRTUDES SOCIALES.

Lección segunda.

EL DUELO Y EL SUICIDIO.

Entróse cierta mañana
En el cuarto de la muerte
Un Galeno, de los muchos
Que tiene por confidentes,
Y con voz de cementerios
Oliendo á tumbas y requiem,
Dijo: « Dos embajadores
Veros, señora, pretenden. »
— « Que pasen. » — Salíó el portero,
Y la vieja muy solemne
Agarró la podadera
De segar humanas mieses;
Y al sentarse en una tumba
Haciendo huesosos dengues,
Entraban dos viejecitos
Muy afables y corteses.
Iba en mangas de camisa
El uno robusto y fuerte,
Con dos pistolas al cinto
Y en cada mano un florete.
El otro, pálido y triste,
Entró con aire doliente
Comiendo arsénico y fósforos
Como si fueran merengues.
Saludaron á la diosa,
Que contestó gravemente,
Y el primero en altas voces
Comenzó á hablar de esta suerte:
— « El cuarto somos y el quinto,
Señora, entre los poderes,
O el quinto y sexto, que en esto
Los gustos son diferentes.
Por el duelo, que soy yo,
Por el suicidio, que es este,
Se hacen notables algunos
En el siglo diez y nueve.

Yo soy el punto final
En discusiones pendientes;
Por mí acaban casi todas
A manera de sainetes.
Yo hago que aprendán los hombres
A agujerearse las piel-s,
Y soy delito en el código,
Virtud entre ciertas gentes.
Yo mato á la faz del mundo
Sin que me alcancen las leyes,
Y al homicida permito
Llevar erguida la frente.
El espadachin, fiado
En mí, de todo se ofende,
Y cruza sus doctas armas
¡ Oh gloria! con las del débil.

Un pisoton, un codazo,
Una mirada inocente
Pidén que yo dé al instante
Razon á quien no la tiene.
Si uno á los piés de su cónyuge
Se encuentra con un suplente,
No á trancazos las costillas,
Como era justo, le muele.
No, señor; le desafia,
Y tras de aquello consiente
Que corra en lenguas su historia
Y estar herido tres meses.

En fin á estocadas cobra
Su honor cualquier mequetrefe,
A navajazos el pueblo,
Los chiquillos á cachetes.

Que de los siglos oscuros
De mandobles y reverses
Copiar quiere las hazañas
El fosfórico presente.

Y ó soy parodia ridícula
Y prólogo de un banquete,
O en ilustrada pelea
Por mí la sangre se vierte.

Y hay quien en prueba de afecto
Las armas y el campo arregle,
E impasible, á sus amigos
Asesinarse contemple.

Estas, señora, del duelo
Son las gracias y mercedes;
Escuchad las del suicidio
No menores casi siempre.

Dice un chico ó una chica
Con tono de miserere
Que la tierra es un desierto
Y vivir no les conviene.

Que no hay amores, ni amigos,
Ni cariño, ni parientes,
Y que ellos son de otra parte,
Y que nadie los comprende.

De la fruta de Cascañete
Tragan seis cajas ó siete,
Y con plácida agonía
En difuntos se convierten.

Ve un infeliz que su esposa
Cada año se muestra fértil,
Que va creciendo la prole
Y que el bolsillo no crece.

¿Qué ha de hacer? ¿tener paciencia?
No: que eso no es de valientes,
Y colgado del pescuezo
Una mañana amanece.

¿Qué harán sus hijos sin padre?
Que le sigan si se atreven,
Y si no en San Bernardino
Tendrán comida y albergue.

Otro, con pólvora y balas
Se abre un *tunnel* por las sienas,
O el limpio acero empuñando
Se afeita el pescuezo á cereen.

O en el canal se zambulle
A dar un beso á los peces,
Y como en cieno ha vivido,
También entre cieno muere.

En fin, el duelo y suicidio
Por todas partes se meten,
Y del sótano al tejado
Imperio y dominio tienen.

Y pues no hay en ciertos casos
Quien de los dos no se acuerde,
Es justo que de algun modo
Vuestra grandeza nos premie. »

— « Angeles míos os nombro
Desde hoy, repuso la muerte;
Grandes de mi casa y reino
Con título de marqueses.

Virtudes sociales sois;
Que la tierra os reverencie;
Venid á ayudarme en ella
A dar caza á los vivientes. »

Ahora pues que mis lectores han recibido otra lección de las virtudes sociales que me he propuesto darles poco á poco á conocer, vamos á examinar los méritos y servicios del mes de marzo. ¡ Oh mes de la primavera y de los amores, cuán soso y desanimado te hemos visto deslizar y hundirte en las sombras de los recuerdos! El frio aleja de los paseos á los aficionados á pasearse; la cuaresma ayuda al frio para infundir tristeza por todas partes, y los teatros, despues de haber llorado su mala suerte por el invierno entero, empiezan á cerrar los ojos ó sea las puertas, ó á prepararse para ello aun los mas valientes. ¡ Pobres teatros! El de Lope de Vega murió, siguióle Novedades, y ahora el Circo, ese coliseo monstruo de la fortuna en otro tiempo, también espira, renaciendo á los tres ó cuatro dias de sus mismas cenizas, pero dejándose entre ellas todo resto de esperanza.

Nada ha llamado la atención durante el mes en la escena. Digo mal: si los productos de la literatura han estado de baja, si la soledad era el concurrente mas asiduo á los teatros de verso, en cambio el de la Zarzuela se ha visto lleno de espectadores. Por espacio de diez y seis funciones el público se disputó los billetes con seis ó siete dias de anticipación, pagándolos á mas del doble de su precio ordinario, y los revendedores hicieron rica cosecha de napoleones, ostentándose en toda la plenitud de su descaro. ¿Qué ocurría pues en el salón de la calle de Jovellanos? ¿Alguna zarzuela de agradable música y entretenido argumento habia conseguido la fortuna que tantas otras consiguieron en los pasados años? No por cierto: no es un hijo de las musas el ingenio que sabe ingeniar y atraer espectadores. Es un prestidigitador, y el público acude avido de presenciar cosas y experimentos maravillosos. En honor de la verdad el señor Herman, que así se llama, es un hombre de mérito; sus juegos, hechos con extraordinaria ligereza, tienen con la boca abierta á los mas perspicaces espectadores. Pero ¿se comprende por eso mejor ése extraordinario y hace tiempo no visto éxito? ¿Cómo se explica que un público á quien ningun poema dramático causa efecto, goce tanto en ver escamoteos, á no ser por una falta ó corrupción de gusto deplorable?

El Príncipe solamente ha dado una novedad que fué recibida lastimosamente, naciendo y muriendo en la primera representación. Es un arreglo de original de M. de Mallesville, y lleva por nombre: *Un verso de Virgilio*, habiendo quedado el traductor oculto en el misterio.

En el Teatro Real *Roberto de Evreux* pasó con trabajo: Mario gustó, pero la Grisi no logró atraerse el favor del público. *I Puritani*, ópera que siguió en turno al *Roberto*, tuvo igualmente mala fortuna. Mas feliz la compañía en los conciertos sacros, arrancó aplausos merecidos ejecutando con perfección ya varias piezas del *Stabat mater* de Rossini, ya otras del *Moisés*, ya diversas composiciones del maestro Allary. Un coro pastoril de este mereció todas las noches los honores de la repetición. El auditorio no se cansaba de saborear aquellas dulces y sentidas armonías. En general puede decirse, que en los conciertos sacros es donde mas ha conseguido brillar la compañía del teatro de ópera; cosa muy natural ciertamente, porque siendo demasiado desigual en su conjunto, los cantantes de primer orden lucen por completo cuando no necesitan alternar con otros de menos importancia.

A falta de noticias mas divertidas los periódicos de política se ocupan con la mayor formalidad, unos en publicar los nombres de cuantos se preparan á ingresar en la sociedad del matrimonio, y los otros en sostener lo inconveniente y perjudicial de semejante sistema de publicaciones. Y aquí vendria como de molde que yo ventilase también la cuestión abriendo de par en par las puertas del campo por donde pudiesen entrar cuantos en ella quisieran tomar parte, que tratándose de matrimonio, no seria medida despreciable en concepto de las mujeres. Pero en vez de tomarla por lo serio predicando un verdadero sermón de cuaresma, voy á referir únicamente un cuento que veo en cierto autor italiano.

Refiérese, dice, que un jovencillo riquísimo y de gallardo aspecto estaba enamorado de una doncella toda modestia y hermosura, y habiendo con ella concertado el dia de su boda, teniase por el hombre mas feliz del universo. Todos sus pensamientos reducianse á esperanzas, goces y alegría. Ya imaginaba tener delante de sus ojos el venturoso dia de su enlace; sonaba la música en sus oídos; veía preparadas las mesas del banquete; llenos de júbilo parientes y amigos, y en lugar preferente á su esposa ricamente vestida, y con los cabellos trenzados como una Venus; y en suma, revolvía en su cabeza todos los consoladores pensamientos que digo y algunos otros que me callo. En medio de tanta fiesta y recreación de ánimo llamó á un pintor, y le dijo: « Amigo mio, quiero que me retrates al mancebo Himeneo, dios de las bodas; debo casarme dentro de un mes, y deseo colocar tan querido y benéfico númen en mi estancia. Pero ten cuidado de pintarme un jovencito gracioso, robusto; la cara de nieve y rosa, y los ojos chispeantes de alegría: una de sus manecitas sostenga la antorcha de vivísimos resplandores mas puros que los rayos del sol, si puedes copiarlos, y la otra una cadena de oro, por extremo delgada con eslabones apenas perceptibles, cubierta por todas partes de diamantes. Cérqueme las gracias, los amores, los juegos y las risas; y en suma, él y su séquito sea una verdadera felicidad. » El pintor, aceptada la comisión, va á su casa, revuelve libros de mitología, llénase

la cabeza y el corazón de cuanta alegría puede procurarse, y con la imaginación ardiendo en lo estudiado y lo inventado, dibuja y pinta un Himeneo tal, que parecía concebido entre las armonías del Olimpo. Lleva su cuadro al joven; este lo ve y alaba, pero no con franca satisfacción. Era mayor su alegría que la que en el lienzo se representaba. Manda pues al pintor que lo retoque, que ponga mas contento á Himeneo, y mas alegres á las figuras que lo rodean. El artista prometió hacerlo, y tornó á llevarse el cuadro. Breve era el plazo, y el matrimonio se hizo antes que aquel estuviese concluido. Pasaron quince días después de la boda, y el pintor volvió con su obra, que habia dejado conforme estaba antes, sin ponerle encima los pinceles. El joven la ve, y dice: « ¡Oh! habeis pintado á ese Himeneo mucho mas alegre de lo que es debido; esa cadena debiera ser un poco mas gorda; aquella antorcha resplandece demasiado y debiera echar un poco de humo... ¿Qué mas diré? A los dos meses ya lo quería pintado con lágrimas en los ojos, mas gorda la cadena que la de un presidario, y un tizon á medio quemar en lugar de antorcha. Pero el pintor que era hombre de juicio no quiso dar semejante escándalo, y pintó cierto Himeneo, que visto desde lejos por un cristal parecia alegre y risueño, y mirado de cerca ponía la boca y los ojos como si le hubieran dado azotes. De este modo dejó contentos á los amantes y á los casados.

Este cuentecillo tiene su poco de veneno, pero para neutralizarle y consolar algun tanto á mis lectoras, voy á darles á conocer la carta que no hace mucho me dirigió un amigo que busca novia. Con eso tal vez alguna de las que lo lean pueda encontrar acomodo. Titúlase la misiva Á CAZA DE NOVIA, Y YO prometo contestarla en mi revista próxima.

Malas están las mujeres,
Segun dicen por ahí,
Y es el casarse rasguño
Que no se puede sufrir.
El matrimonio, repiten,
Es cual carga concejil:
Irrenunciable, gravosa,
Y por contera sin fin.
¿Quién vive cuarenta años,
Que no es un grano de anís,
Sufriendo de un mirriñaque
El pleonasmo incivil?
¿Quién ha de ver con paciencia
Su bolsillo sucumbir
Al empuje devorante
De un capricho femenino?
¿Quién á una suegra soporta?...
¡No te cases, infeliz!
El matrimonio es rasguño
Que no se puede sufrir.
Pero yo, Tejada amigo,
No he pensado nunca así,
Y del santo matrimonio
Me declaro paladin.
¡Quiero casarme, casarme!
¡Estado amable y feliz,
Lleno de puras delicias
Y de placeres sin fin!
Dar nuestro amor á una hermosa,
De ella el suyo recibir,
Gozar de nuestros hijuelos
En la sonrisa infantil,
¿No es la celeste ventura
Que Dios nos retrata aquí?
¿No la dicha mas sublime
Que se puede concebir?
En vista de estas razones
Y otras muchas que omiti,
Caro amigo, he decidido
De novia á caza salir.
Mas como no tengo tiempo
Para buscarla en Madrid,
Me atreveré á suplicarte
Que busques una por mí.
Proporcióname una niña
Bella como un querubín,
De ojos azules, ó negros,
Y de apostura gentil.
Niña que para mí solo
Quiera sus gracias lucir,
Que sepa echar un remiendo
Y guisar una perdiz.
Cuya condición no alcance
Mas que á leer y escribir,
Que no haga endechas ni idilios,
Que no me charle en latín.
Que no haya tenido padres,
Ni abuelos, ni primos, ni...
Ni bultos que vayan siempre
Buscándola sin candil.
Niña que no tenga nervios,
Que no baile la *schottisch*,
Y que no lllore por lujo
Porque me voy á uligin.
En fin, por no gastar presa,
Si encontraras por ahí
Una en quien todo lo bueno
Se quisiera reunir,
Puedes decirle, querido,
Que un poeta zarramplín
Al yugo del matrimonio
Quiere inclinar su cerviz.
Que yo la ofrezco por arraz
De coplas un celemin,
Y que si versos me sobran,
Me faltan maravillas.
Dispensa, caro Tejada,
Tanto detalle pueril,
Y haz pronto lo que te encargo,
Si quieres verme feliz.
El cielo te dará premio,
Que por lo que toca á mí,

Como estos versos no aceptes
No tengo con que cumplir.

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

Pasemos á otra cosa: han llegado á Madrid 34 cañones de los que se cogieron en Tetuan, y están expuestos al público delante del cuartel de artillería. Sin duda en lo relativo á esta arma los moros son verdaderamente ecléticos, porque se conforman con los productos de todas las fábricas del mundo á falta de una propia. Esto tiene la ventaja de que así pueden probar de todo, y la de que cuando el enemigo se apodera de aquellas piezas puede pasar mas largo rato entretenido en leer sus inscripciones.

Las que adornan la broncea espalda de los referidos cañones hoy visitados por el vecindario de la Heroica Villa han aparecido copiadas en los periódicos, y son como sigue:

1ª « Le comte de Toulouze, almirante de France, 1692. » (El conde de Tolosa, almirante de Francia, 1692.)

2ª En árabe. — « Loor á Dios único. — Este mortero bendito fué hecho en Londres por mandato de Sidi-Mohamed-ben-Abdallah, sultan del Algarve, á quien Dios proteja. Fuerte de Suirach (Mogador), año 1184 (1770). » (En dos obuses ingleses.)

3ª Idem. — « En el nombre de Dios piadoso, de piedad. No es Dios sino Allah el eterno, el justo. El que fuere elegido y ayudado por él, gozará en los cielos y en la tierra. No hay poder ni fuerza sino en Dios. » (Está en los dos cañones labrados.)

4ª Idem. — « Invocando á Dios la victoria está próxima. Este es un regalo hecho al sultan, hijo del sultan, Mohamed-ben-Abdallah-ben-Ismael, defensor y pacificador del Algarve, bendito, por el gran monarca de Inglaterra, Francia, Irlanda y Escocia, Jorge III, el rayo de la guerra. Año 1183 (1769). » (Lo mismo que la anterior.)

5ª Idem. — « Regalo de parte del monarca de Suecia, Gustavo III. » (En cuatro cañones iguales.)

6ª « Dom P.º Principe de Portugal. Esta fundicao fezo G. da art.º Diego Tomez de Figrdo, sendo ten. gl. de llanes tes reinos. LXº 1676. » (Don Pedro, príncipe de Portugal. Esta fundición hizo el general de artillería Diego Gomez de Figueiredo siendo teniente general de ella en estos reinos. LX.º 1676.)

7ª « Dom. Alfonso VI rey de Portugal. Servyndo de tenente gl. Mel. de Andrade. Matias Escartin me fes. LX.º 1661. »

8ª « R. ILPYN. fecit. 1762. »

9ª « F. KJRMAN. 1808. » — Y en el mismo cañon sobre el primer cuerpo, una cifra compuesta de una G. y una R rodeada del lema: *Honni soit qui mal y pense.*

10ª « Anno domini MDCVII. Pesa CVPLXXI opus Onocynti Gyordany Napoli. » — En la misma pieza: « V.º Vazquez de Acuña capitán general de artillería de Rein. de Nap. P. S. M. »

11ª « Opus Remygy de Halvt-Anno 1553. Meclynien. Sebastianus I D. G. LV. Rex. — El capita Juas Coriagametraco. » — Estas tres inscripciones están en una culbrina portuguesa.

12ª « Me fecit. Pieters East. Amstelodamy A.º 1771. »

13ª « PS. East. A.º 1770. »

14ª En un mortero: « *Raby et C.º fecit 1771.* » y sobre ella una R con la corona real inglesa.

15ª En otro idem: « W. Bowven. fecit 1744. — A rege et victoria. » Sobre esta inscripción un escudo rodeado por esta otra: *Tria juncta in uno.* (Tres juntas en uno), y sobre el primer cuerpo, ó sea junto á la boca, las armas de Inglaterra con los lemas: *Dieu et mon droit*, y *Honni soit qui mal y pense.*

16ª En otro: « G. Meyer fud. Holmiae. 1771. — Jos. 3. L. 10. M. »

Furiosos temporales agitando las ondas del estrecho han privado en casi todo marzo á las armas españolas de alcanzar nuevos laureles; pero habiendo ya cesado el temporal y provistas las tropas de víveres, el telégrafo á las pocas horas de haberse puesto en marcha aquellas, ya nos ha traído la noticia de una nueva derrota de los marroquíes, que perseguidos y desalojados de todas sus posiciones, tuvieron mas que aprisa que recoger su campamento para que no cayera por segunda vez en poder de los cristianos.

Ya el día 11 tambien los moros sufrieron una dura lección al encontrarse con alguna fuerza de los nuestros que salió á proteger el pueblo de Samsa, por dos veces saqueado por los africanos. Rechazados estos á la bayoneta y con descargas á quemarropa al acometer en peloton, tuvieron tambien el sentimiento de perder al general que los mandaba, y que para ello segun cuentan habia venido de lo interior del imperio. Kaid-er-Faz, que así se llamaba, recibió un balazo en el vientre, que le produjo la muerte á las pocas horas.

De si la guerra continuará por mucho tiempo todavía ó si tendremos paz, nada se sabe con certeza. Los moros envían de cuando en cuando sus comisionados, pero sin que consigan ningun fruto. En tanto Tetuan va tomando distinto aspecto, y dejando de ser una poblacion sucia y asquerosa, se hace lo posible por convertirla en una ciudad á la europea.

Hasta omnibus hay ya allí para conducir desde la Aduana á los viajeros de todas las naciones, que van á estudiar llevados de la curiosidad, las costumbres moriscas y la vida de campamento. El príncipe Maximiliano de Austria estuvo no ha muchos dias con su esposa visitando lo mas notable que en el campamento y la ciudad puede visitarse.

Dicen las cartas que el príncipe alemán, que es el último gobernador de Lombardia, y hermano del empe-

rador austriaco, y su esposa la archiduquesa Carlota, hija del rey de los belgas y nieta de Luis Felipe, llegaron el 16 á la rada de Tetuan en el vapor de guerra *Dandolo*, que saludó al pabellon español, bajando despues á tierra el capitán á ofrecer sus respetos al jefe del ejército. El duque de Tetuan, de grande uniforme, con su estado mayor y una escolta de coraceros, fué á la mañana siguiente en busca de los augustos viajeros.

Despues de una entrevista expansiva y franca, SS. AA. llevando al lado al general O'Donnell, recorrieron á caballo los campamentos del primero y del segundo cuerpo, de la caballería y de la artillería, despues oyeron misa en la mezquita de la plaza principal, que ha sido convertida en templo católico, y concluida, vieron desfilar la division Rios desde la puerta misma de la iglesia, mostrándose lo mismo que anteriormente muy complacidos de la marcialidad del ejército. Recorrieron por último los archiduques la poblacion moruna, y como el estado del mar empeoraba, tuvieron que volverse á bordo sin poder aceptar el almuerzo que se les tenia preparado.

Y despues de las glorias conseguidas, un parte telegráfico viene anunciando la paz: paz que los marroquíes demandan hace tiempo con insistencia al contemplarse impotentes para resistir al valor de las tropas españolas. Las comisiones enviadas por Muley-el-Abbas han sido frecuentes durante todo el mes de marzo, pero ya despues de la sangrienta batalla del 23 otra nueva embajada llegó anunciando la venida del mismo hermano del emperador á conferenciar con el general en jefe. La entrevista tuvo lugar; firmose un armisticio y quedaron ajustados los preliminares de la paz. Ahora el público aguarda con impaciencia el resultado y espera conocer las condiciones y bases del convenio. Abril se encargará de resolver y aclarar las dudas en que marzo nos deja.

Entre tanto siguen las cartas y las descripciones de la ciudad conquistada á la órden del día, y vienen por acá en abundancia como recuerdos de los que están por allí, ya los trajes moriscos, ya las espingardas y las gumnias. Los judíos comerciantes deben alegrarse de la toma de Tetuan, aunque no sea mas que por el impulso que ha dado á su industria.

Y como no todo ha de ser guerra á balazos, las hermosas se van aprestando entre tanto para hacer fuego con sus ojos á los corazones, y al efecto preparan los trajes que han de lucir en la inmediata semana santa. Alguna Laura tal vez encuentre por ellos un Petrarca, que si no le cante en verso, la lleve por lo menos á la Vicaría, que es cosa mas positiva.

Madrid 31 de marzo 1860.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

El príncipe de Saboya Cariñan.

El príncipe de Saboya Cariñan (Eugenio-Manuel-José-Maria-Pablo-Francisco-Antonio), nació el 14 de abril de 1816, y fué declarado príncipe de Saboya Cariñan en 1834.

Este príncipe se educó á la vista de Carlos Alberto con el rey actual y el difunto duque de Génova. En 1848 y 1849 fué regente del reino durante las dos campañas de Lombardia y de Novara, y llenó las mismas funciones en 1859 en la ausencia de Victor Manuel. El duque de Cariñan tiene los títulos de gran almirante, y de comandante en jefe de toda la guardia nacional. Bueno, afable é inteligente como todos los miembros de la casa de Saboya, este príncipe es muy popular en Turin, y se ha grangeado muchas simpatías en toda la Italia del Norte y del centro. Así fué que le otorgaron con entusiasmo la regencia las asambleas de los Ducados, de las Legaciones y de la Toscana. — Esta resolución no tuvo resultado, pues suspendieron su efecto las grandes potencias por ser contraria á las estipulaciones de Zurich. La oposicion persistente que encontró el principio de la anexión pura y simple, aun despues de la votación de los días 11 y 12 de marzo, sugirió como término medio la idea de una administración separada para la Toscana, cuya suprema dirección seria confiada al príncipe de Cariñan que tomaria el título de gobernador general por el rey Victor Manuel II. Si fuera cierto que alguna circunstancia política exigiera el mantenimiento de la autonomía administrativa de la Toscana, los toscanos tendrian motivos para felicitar de la decision que colocaria al príncipe de Cariñan á la cabeza de la administración provincial. — El príncipe no es casado.

C. DE L.

La votación popular en la Toscana.

(Véanse los grabados de las páginas 248 y 249.)

Florenia 14 de marzo.

La Toscana habia acogido con señalada aprobacion un artículo de la *Opinione*, periódico de Turin, en que se decia que siendo el gobierno piemontés el representante de los principios de la nacionalidad italiana y del derecho de los pueblos italianos que siempre ha defendido, ese gobierno no podia negarse á satisfacer los votos de las provincias del centro. El júbilo llegó pues al colmo, cuando el 1º de marzo se publicó el decreto firmado por todos los miembros del gobierno que convocaba á votar á todos los ciudadanos desde la edad de 21 años sobre una ú otra de las proposiciones siguientes: — *Union á la monarquía del rey Victor Manuel, — ó Estado separado.*

Bueno es recordar que el 20 de agosto de 1859, el parlamento toscano había votado la unión por unanimidad.

Las operaciones electorales se habían fijado para los días 11 y 12 de marzo. El sábado 3 de marzo principiaron las manifestaciones en favor de la anexión por una distribución de billetes con las armas de Saboya de que se apoderó la muchedumbre. Los hombres se prendieron estos boletines en los sombreros á guisa de escarapela, y las mujeres en los pañuelos sobre el lugar que ocupa el corazón. Los billetes decían: *Unione alla monarchia costituzionale del re Vittorio Emmanuele*.

La muchedumbre reunida en una de las calles principales, la *via dei Calzajoli*, enarboló las banderas de los tres colores, entonó el himno nacional; *Viva la guerra!* y con gritos de entusiasmo marchó á la morada del baron Bettino Ricasoli, jefe del gobierno, que se mostró al pueblo y le dirigió algunas palabras animosas.

El 5 de marzo se dirigió á la nación una proclama del gobierno.

El 8 de marzo el profesor de derecho constitucional, el señor Valentin Pasini, de Venecia, amigo de Manin, pronuncia el discurso de apertura de sus lecciones, y demuestra lógicamente que el deber de las provincias de un mismo Estado, si son independientes, consiste en unirse para formar un solo cuerpo de nación.

Además de las operaciones oficiales del escrutinio, se abrieron listas de adhesión en favor de la unión al Piamonte para los jóvenes menores de 21 años, que se cubrieron de firmas.

El 11 de marzo por la mañana, la música de la guardia nacional fué á colocarse en la plaza de la Catedral, y asistió al desfile de los electores que marchaban á votar por grupos con



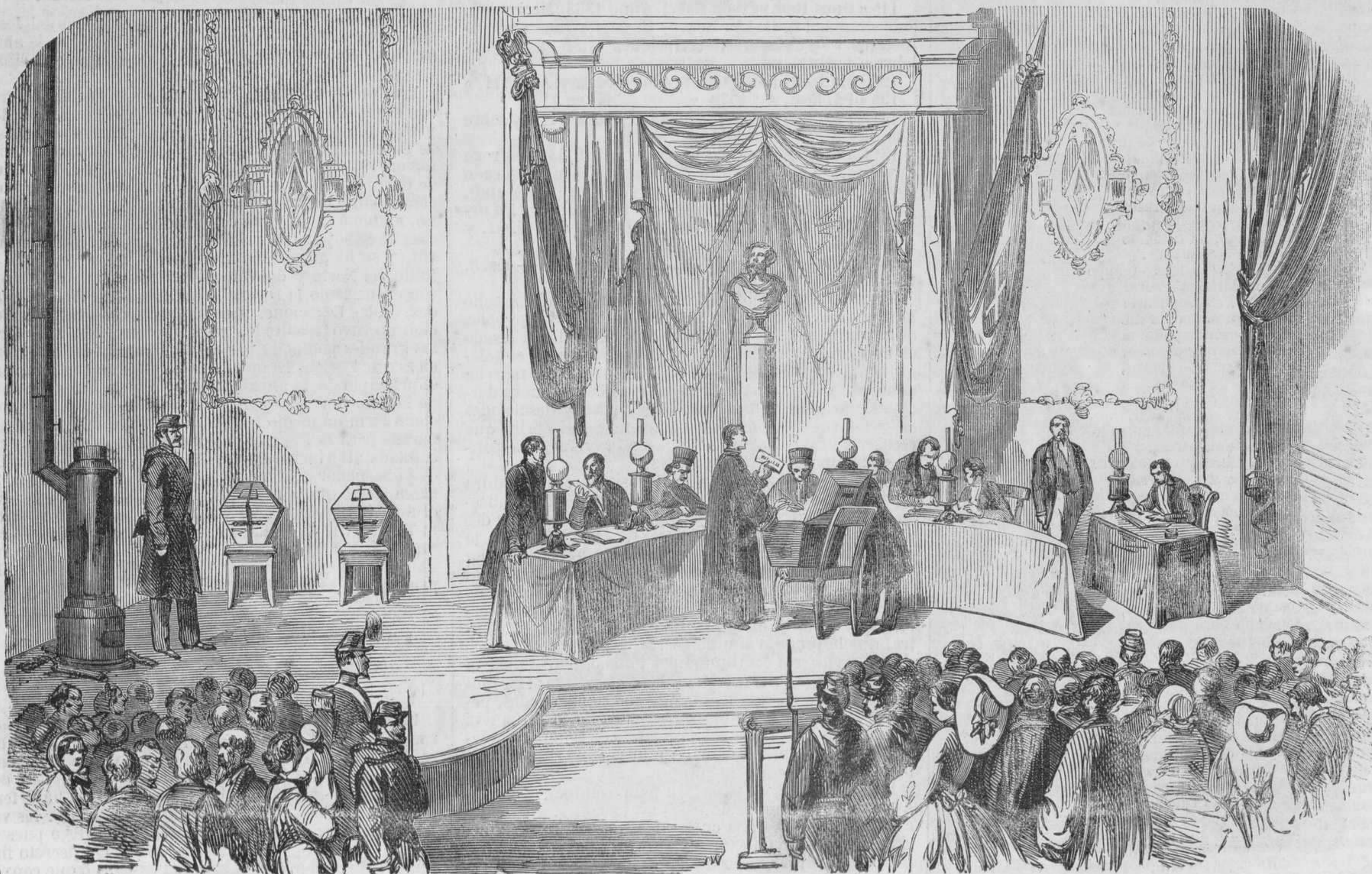
EL PRÍNCIPE EUGENIO DE SABOYA CARIÑAN.

banderas cada una con la inscripción de su sección correspondiente.

El 12 de marzo el tribunal de casación se ocupa del recuento de los votos de la ciudad de Florencia, y proclama una mayoría considerable en favor de la anexión al Piamonte.

La población de los campos demostró en esta circunstancia solemnemente un patriotismo no menos ardiente, y la fuerza del sentimiento nacional que la inclinaba hacia la independencia. Los aldeanos de las cercanías de Florencia se trasportaron el 11 en grupos numerosos á la ciudad á fin de dar su voto, con la música á la cabeza y la bandera nacional desplegada. Sus rostros respiraban una viva alegría que pintaba los sentimientos que rebotaban en todos los corazones; adivinábase que para ellos la prueba iba á zanjarse una cuestión de libertad ó de servidumbre, una cuestión de vida ó de muerte. Hasta aquí se había calumniado mucho al aldeano toscano; el resultado de la votación de los días 11 y 12 de marzo manifiesta que las ideas de nacionalidad y de independencia, que la unidad italiana, en una palabra, está en todos los corazones, y que todos, lo mismo en las ciudades que en los campos, están dispuestos á hacer triunfar sus derechos á costa de su vida y su fortuna.

Durante todo el día 15 de marzo, el tribunal de casación, reunido en una de las salas del palacio de la Señoría, procedió en sesión pública al escrutinio de todas las actas relativas á las operaciones electorales de cada pueblo de la Toscana. El escrutinio se terminó el mismo día á las once y media de la noche; se envió un mensaje á los miembros del gobierno, é inmediatamente el ministro de Gracia y Justicia acompañado de sus colegas salió al balcón del palacio (la Ringhiera), y proclamó ante



ESCRUTINIO DE LOS VOTOS DE FLORENCIA POR EL TRIBUNAL DE CASACION EN EL SALON DE BUONUMORE.



LOS ELECTORES DE BOLOGNA DIRIGIENDOSE A LOS COLEGIOS ELECTORALES.

el pueblo reunido en la plaza adyacente la cifra de los votos del sufragio universal, de la que resultaba una inmensa mayoría en favor de la anexión de la Toscana al Piamonte.

Número total de votantes.	386,445
Por la anexión.	366,561
Por un Estado separado.	14,995
Votos nulos.	4,949

por las calles iluminadas, después de haber oído ya la promulgación en el silencio más profundo, respondió con los gritos repetidos de ¡Viva la Italia! ¡Viva Víctor Manuel! y luego entonó sus cánticos nacionales. En el mismo instante la fortaleza de San Juan, con una salva de 101 cañonazos, anunciaba a la ciudad el acto que acababa de consumarse.

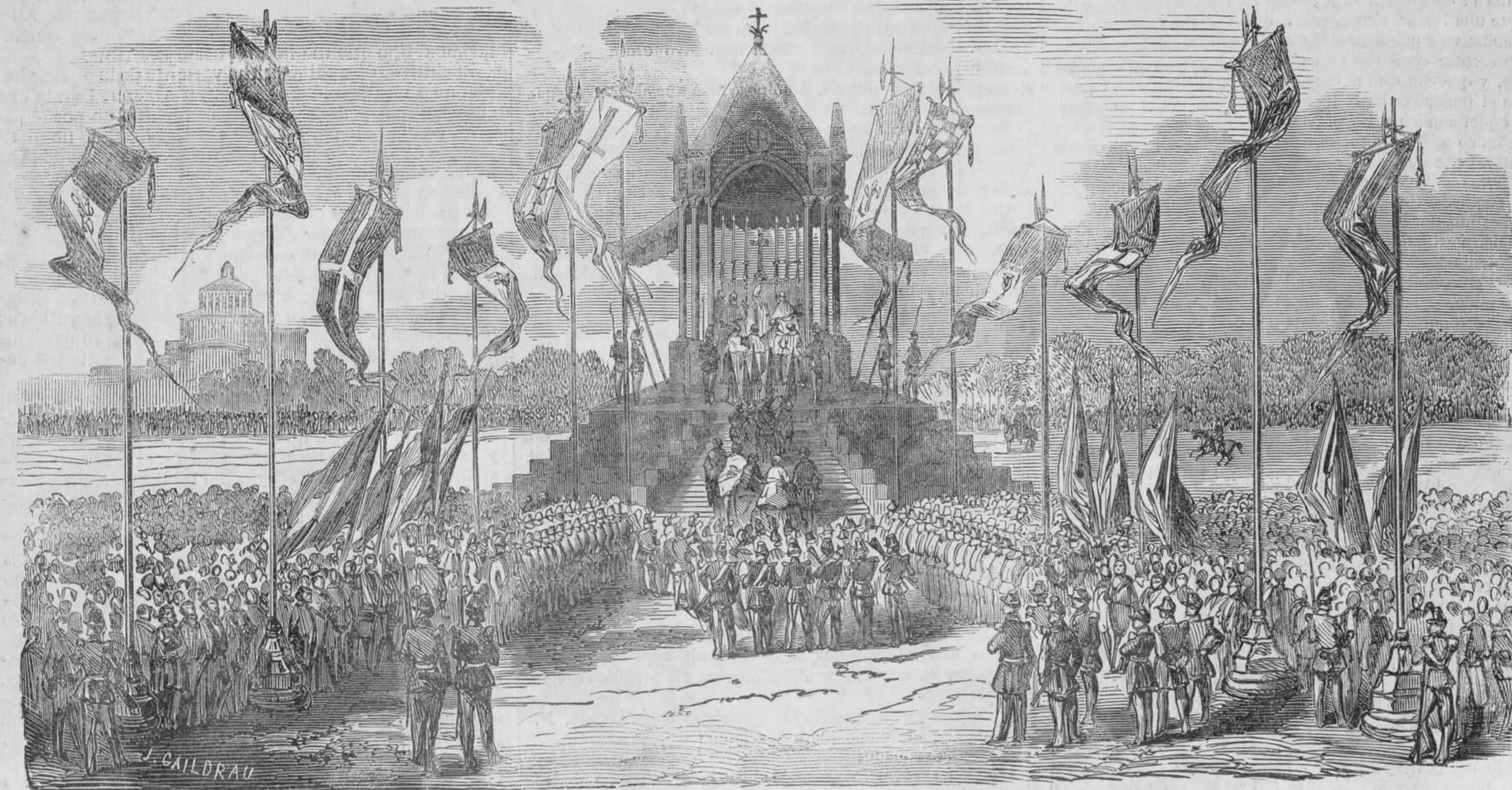
Después de estas manifestaciones de entusiasmo, la muchedumbre se dividió, acompañando a los heraldos, que fueron a publicar el plebiscito en las cuatro plazas principales de la ciudad florentina. F. DE V.

Fiesta popular en Milan.

ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA LOMBARDA.

La obstinada lucha sostenida por la nacionalidad italiana contra el Austria en 1848 tuvo dolorosos descabros, así como también heroicas hazañas. El recuerdo de esa época gloriosa para el valor italiano no podía perecer, y con efecto se conserva en el corazón de los patriotas italianos.

Milan, que había sido teatro de aquella valerosa re-



FIESTA POPULAR EN MILAN POR EL ANIVERSARIO DEL TRIUNFO DE LA INDEPENDENCIA LOMBARDA EN 1848.

sistencia, ha querido consagrar con una solemnidad piadosa la memoria del sublime esfuerzo de los lombardos. Una imponente ceremonia pública de un carácter grandioso como todas las fiestas que evocan la imagen de la patria, tuvo lugar el 14 en la plaza de Armas de esa ciudad. El servicio divino fué celebrado por el obispo de Milan, monseñor Biguami. La guardia nacional asistía á la solemnidad así como tambien el gobernador de Milan, el cuerpo municipal, cierto número de heridos de las memorables jornadas de 1848 y una diputacion de la universidad de Pavia. El ejército francés quiso asociarse á ese acto de gratitud pública con respecto á los valientes defensores de la independencia, y un crecido número de militares de la guarnicion de Milan se hallaban presentes en la ceremonia. Despues del oficio tuvo lugar la bendicion de las banderas de la guardia nacional; todas las ciudades que han votado por la anexion se hallaban representadas en ese aniversario.

El vicegobernador y el señor obispo pronunciaron cada uno un discurso en que se manifestaban enérgicamente los sentimientos patrióticos que inspiraba esa fiesta nacional.

X.

Revista de Paris.

Se ha hablado mucho esta semana en los círculos teatrales de Paris de una aventura muy singular que es toda una historia y que vamos á contar á nuestros lectores.

Una jóven princesa rusa que habia quedado viuda á consecuencia de un duelo trágico, viajaba de incógnito con el simple título de baronesa.

Quebrantada con las emociones que habia sufrido, cayó enferma en Paris, llamó al doctor X.... que la prodigó sus cuidados atentamente, cobró mucha amistad á su facultativo, que era hombre de una conversacion encantadora, y aconsejándole él que fuera á tomar baños, ella le determinó á que le acompañara.

La posicion de fortuna del doctor podia dispensarle de ejercer con asiduidad su profesion, y así es que partió con la baronesa, para darle su título supuesto.

Permanecieron algun tiempo en Baden, y luego fueron á habitar cerca de Bruselas en una bonita casa de campo donde habia un teatrillo que dió á la viuda la idea de ir á ver el teatro de Bruselas.

La noche que fué, representaban una comedia recién estrenada en Paris, en la cual desempeñaba el papel de protagonista uno de los buenos actores parisienses.

La baronesa estaba en un palco de proscenio; el cómico en cuestion (cállamos de intento todos los nombres que figuran en esta historia) hubo de notar estando en escena aquel rostro encantador y simpático, donde solia brillar una sonrisa á través de la melancolía que le velaba; la baronesa por su parte miró con interés al cómico y se dignó aplaudirle con sus dos manos diminutas.

Pocas noches despues volvió al teatro.

Nuestro héroe que se hallaba en escena, conoció que ella entraba en el palco antes de volver sus ojos hacia aquella parte; trabajó para ella en aquella funcion, hizo primores, y tuvo la suerte de ver que los dos guantecitos blancos daban con frecuencia la señal de los aplausos con una presteza que era casi imprudente.

A la otra mañana supo que una señora extranjera habia tomado el palco para toda la temporada, y efectivamente desentonces la viuda no faltó á una sola de las representaciones que dió en Bruselas el cómico parisiense.

Un dia el doctor X... se presentó en casa del cómico, y le dijo que una señora extranjera á quien estaba cuidando como facultativo y que necesitaba muchas distracciones, deseaba representar comedias en su casa de campo con algunos amigos, y que con este motivo consideraria como una buena fortuna el poder recibir lecciones de un artista tan eminente como aquel á quien tenia el honor de dirigirse.

El cómico se hizo el modesto, pero aceptó por complacer á la interesante enferma.

Dos horas despues recibió una esquila de la baronesa en que le suplicaba tuviera la bondad de ir á comer con ella.

Fácil es imaginar el gozo del artista.

Si la hermosura de la extranjera valia mucho, su conversacion no tenia precio.

Su voz era seductora, vasta su instruccion, su decir ameno y distinguido.

El maestro no tuvo casi nada que enseñar, y en cambio tuvo que aprender mucho.

Desgraciadamente estas relaciones duraron poco. Al cabo de siete meses la viuda se vió obligada á regresar á su país, y entonces reveló al doctor y al cómico cuáles eran su clase y su verdadero título.

El facultativo habria renunciado á todo en el mundo antes que á seguir acompañando por todas partes á la princesa.

La princesa tuvo á bien permitirle.

Se despidió pues del actor parisiense, y al oír su adios lleno de tristeza, le entregó una cajita de oro cincelada sobre la cual estaban grabadas estas palabras: «Regalo de amistad.»

El cómico la recibió con el mayor respeto, y poniéndola sobre su corazon exclamó:

— ¡De aquí no se apartará nunca!

Fueron las únicas palabras que pudo pronunciar.

La princesa le permitió que besara su mano; el actor muy conmovido estrechó al doctor en sus brazos y huyó precipitadamente.

No se concluye aquí la historia.

La princesa pidió al actor que la escribiera á Berlin, donde debia detenerse un par de semanas.

Abatido por la tristeza, aun no habia tenido fuerzas para tomar la pluma, cuando recibió una carta del facultativo, en

la cual al repetirle de nuevo la expresion de su tierna amistad, añadía:

«Vuelva Vd. de derecha á izquierda el fondo de la cajita que la princesa le ha regalado á Vd., y encontrará un recuerdo de nuestra preciosa amiga. El recuerdo á que me refero no le indemnizará á Vd. de su pérdida, pero podrá consolar á Vd. en muchas ocasiones.»

El cómico abrió el doble fondo, y pensó volverse loco de alegría al ver el retrato de la princesa; estaba representada cerca de una mesita con la mano sobre un papel en que acababa de escribir: «De lejos como de cerca.»

Queriendo sacar el retrato para besarle, descubrió debajo un papel doblado; cree que es un billete de la princesa, le abre, y el infeliz halla una letra de cambio á su favor por valor de cinco mil francos pagaderos en Paris.

Al pronto no comprendió; creyó estar soñando.

¡La humillacion al lado de la felicidad!... Era el salario de las pocas lecciones que habia dado á la princesa.

Su primer pensamiento fué devolverle todo lo que tenia de ella, inclusa la letra de cambio; pero despues tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Señora princesa: el regalo de su retrato de Vd. era uno de esos favores que nunca me habria atrevido á ambicionar; usted misma ha conocido sin duda que era muy grande, y ha querido Vd. neutralizar el exceso de la alegría que un presente tan precioso debia causarme, haciéndome acordar de la distancia que existe entre nosotros. La letra de cambio es seguramente el pago de las pocas lecciones de declamacion que he tenido la suerte de poder dar á Vd.; á nada mas que á eso puedo atribuir ese acto de generosidad. Si Vd. no creyó recibir lecciones de un amigo, debió Vd. pedirme la cuenta de mis honorarios, y en este caso debe Vd. pensar que solo puedo tomar lo que á mi juicio valen mis lecciones; poca cosa por cierto, puesto que mi buena voluntad no debe suplir el talento que me falta; tengo todavia tanto que adquirir en mi arte, que debo ser justo conmigo mismo. Sin embargo, respecto á Vd. demasiado, señora princesa, para no seguir sus instrucciones; no quiero dar á Vd. el pesar de tener que decir que ha recibido de mí lecciones gratuitas.»

Evió esta carta al doctor, suplicándole que la leyera, la cerrara luego y la entregara á la princesa.

El doctor en vez de entregarla la quemó y advirtió de ello á su amigo, tratando de persuadirle que hacia mal en darse por ofendido con aquella accion muy natural por parte de una persona de tan elevada categoria.

Las fechas de esta historia son muy recientes; pero así como callamos los nombres, hemos debido callar las fechas.

Todos los periódicos de Paris han hablado esta semana de un robo muy considerable hecho en perjuicio de uno de los joyeros de mas fama del Palacio Real M. Fontana, sobre el cual los diarios judiciales han recogido las noticias que á continuacion extractamos:

M. Fontana ocupa en el Palacio Real una tienda situada á la esquina de la galería Beaujolais y del pasaje del Perron, de modo que una de sus muestras da al pasaje y otra á la galería.

El joyero estaba sentado á su mostrador colocado entre las dos muestras de su tienda, cuando entró un caballero muy bien vestido con dos señoras muy elegantes, que pidió anteojos de teatro.

M. Fontana mandó á uno de sus dependientes que le enseñara lo que pedia.

El caballero se fué con el dependiente hácia la muestra del pasaje, en tanto que las dos señoras se quedaron de espaldas á la muestra de la galería, que cubrian en parte con sus enormes miriñaques.

En aquel momento llegó otro personaje dando el brazo á una señora vestida de todo lujo, y se puso á regatear relojes de oro ocupando así toda la atencion del joyero.

El individuo que examinaba los anteojos hizo al dependiente una observacion, acerca de la cual tuvo este último que consultar á su amo.

Entonces M. Fontana acudió para ir á ver el artículo que estaba en discusion.

Es probable que en ese instante se cometió el robo por las dos señoras que se habian quedado de espaldas á la muestra de la galería, y que aparentaban hallarse entregadas á una conversacion íntima que absorbía toda su atencion.

Una de ellas debió levantar la muestra, en tanto que la otra sacaba con presteza una cajita cuadrada que contenia 4,000 quilates de diamantes, varios lotes de rubies, esmeraldas y ópalos, así como otras piedras preciosas, todas ellas sin montar y de un valor de 250,000 fr.

No notaron nada.

El personaje que habia examinado los relojes declaró que ninguno de ellos le convenia: dijo que en caso volveria otra vez y salió con su compañera.

Hablado con el hombre de los anteojos, M. Fontana observó que su interlocutor solia responder como distraido con la palabra yes. Sabiendo el inglés, quiso hablar al parroquiano en esta lengua que suponía era la suya; pero entonces el individuo se callaba, sin duda temiendo descubrir á qué nacion pertenecia.

Por fin tomó unos anteojos, los pagó sin regatear y salió con las dos señoras.

M. Fontana al quedarse solo quiso colocar en su puesto los artículos que se habian enseñado, y entonces notó que faltaba una caja en la muestra de la galería.

Al pronto no le ocurrió la idea de que la podrian haber robado: tan difícil por no decir imposible le parecia un robo de esta clase. Creyó que su dependiente la habia tomado para poner en ella ó sacar algun objeto, y le preguntó donde estaba.

Al responder el dependiente que no la habia tocado, M. Fontana lo comprendió todo y exclamó:

— ¡Me han robado!

Al punto salió, pero no pudo distinguir á ninguno de los que entraron en su tienda, que probablemente se habian apre-

surado á tomar distintas direcciones, lo que era fácil atendida la posicion que ocupa la joyeria.

Se cree que los personajes que regatearon los relojes y los que compraron los anteojos obraban de acuerdo y en virtud de un plan convenido de antemano y ejecutado con una destreza extraordinaria.

M. Fontana ha publicado un aviso diciendo que se compromete á entregar á la persona que le haga recobrar los objetos robados ó una parte cualquiera de esos objetos, la mitad del valor de los artículos que recupere por su conducto, aun cuando esa persona sea uno de los autores del robo. Con este fin ha depositado ya en casa de un notario valores que representan una suma de 140,000 fr.

Es poco probable que el último caso se realice, pues naturalmente los ladrones temerán comprometerse; pero quizá el medio adoptado podrá hacer que le devuelvan por una via cualquiera alguna parte de los objetos robados.

Diremos á nuestros lectores si las pesquisas que practica la policia tienen un resultado favorable.

MARIANO URRABIETA.

Tipos provinciales.

EL CHURRO.

Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber poco, te basta.

Preciso es convenir, y la experiencia se encarga de demostrarlo, en lo bello y general que es el amor á la patria, al suelo que nos vio nacer, al país que nos cobijó con sus leyes y sus casas, y que nos dió su lengua y su religion.

Tampoco deja de tener su aquel, mirado por su lado poético, el pueblo ó lugar determinado en que aprendimos á distinguir lo sabroso de lo insípido y las penas de los dolores.

Pero si ese pueblo nos ofrece tan solo un modesto corral vacío, y unos cuantos *terrones* sin cultivar, entonces la poesia desaparece, y con ella nuestro amor de *patria local*, para adquirir mas fuerza el de la patria en toda su extension, que nos ofrece un porvenir mas halagüeño.

Y hé aquí una ocasion oportuna para sudar erudicion por todos los poros, y con el asendereado libro de la historia en la mano, demostrar que la emigracion es una plaga muy antigua en nuestra especie, y que no es ninguna cosa del otro jueves ver marchar á un ciudadano en busca de un pan mas blanco, ó de una mejor casa.

Ahí tenemos á Eneas, troyano hasta la medula de los huesos, que huyendo de la chamusquina de su heroica ciudad, carga con sus dioses penates y marcha con la música á otra parte, ni mas ni menos y del mismísimo modo que un saboyano de nuestros dias va con su orgánillo á destrozarse los oídos de todos los habitantes del globo.

Y si no os place esta cita ahí teneis á los señores germanos, que no nos dejarán mentir, los cuales viendo que sus hermosísimas selvas no daban mas que bellotas, y que por estas tierras de Dios habia excelente *manducatoria*, se lanzaron como perros de presa sobre nuestros campos y se comieron lo mejor de la partida.

Pero cómo no quiero echar mi cuarto á espaldas en eso de erudicion, ni fatigar á mis benignísimos lectores, pasaré por alto á los hunos, con su *confortable* olor á carne podrida, las barbaridades dramáticas de Atila y á los aventureros de todos los tiempos para concretarme al tipo que me he propuesto describir.

El churro, diezmillonésima variante de la especie humana emigratoria, ha de nacer en Aragon. Es esta una cualidad indispensable é indiscutible que no puede pasar á media prueba, como la aptitud legal de un diputado, la castidad de una viuda jóven, y la visualidad de un *vista* de aduana.

Demos pues el caso de que nuestro hombre nazca en un pueblecillo de mala muerte, con mas hambre que un maestro de escuela y con el suficiente talento para saber que un ochavo mas otro ochavo hacen un cuarto, y que la progresion es el gran problema de la aritmética. Haciendo gracia á nuestros lectores de los insignificantes lances de su niñez, supongámosle ya hecho todo un mozo de trece ó catorce aÑibles, apto para jugar al trompis con cualquiera que se le plante por delante y con mas piernas que un galgo.

Si en tal estado el mozo agarra convencido el azadon y cava que te cavarás no se acuerda de que pudiera tener ambicion, ni de que su traje es un si no es burdo y raído, el churro no es churro, sino el aragonés puro y simplemente aragonés, y como tal digno conciudadano de los Jaimés y Lanuzas que pudriendo *están* la tierra, y haya Dios en santa paz.

Pero si por el contrario el supradicho palurdo conoce que su pueblo no se halla á la altura de los adelantos del siglo, que las patatas á pesar de ser un alimento muy higiénico, no satisfacen del todo su *exquisito* paladar, y siente por añadidura que su corazon le hace *triqui traque* cuando ve pasar por el camino real durmiendo en su carro á muchos de sus vecinos consagrados á *Mercurio*, entonces la cosa varia de aspecto. Nuestro hombre testarudo como quien es, se da de calabazadas, para hallar una solucion al problema que lleva en su magin, y despues de haberlo consultado mucho con la almohada, es decir, con la paja del jergon, se decide á comunicar al padre sus ambiciosos proyectos.

Este que había notado ya varias veces la poca afición que demostraba su primogénito á la agricultura, consulta el pensamiento con la madre, la cual lo hace á su vez con su hermana, esta con su hija, la hija con el marido, el marido con el cura, el cura con... y así sucesivamente, hasta que todo el pueblo discute y vota por mayoría relativa el proyecto de aquel de sus vástagos que aspira á salir de la modesta clase.

Una vez cumplido este requisito y prévias otras muchas y maduras deliberaciones, el padre y la madre se avienen al proyecto emigratorio, y como novicio cuya vocación se prueba, lo embuten á guisa de fardo en el primer carró que acierta á pasar por el camino en dirección á Valencia, y le hartan de besos y consejos, lo cual si no llena su estómago, es sin duda alguna muy económico y moral.

El mozo por su parte arregla su viaje, con la misma simplicidad que los arreglaría *in illo tempore* nuestro padre Adán, con la única diferencia, exigida por la decencia y el pudor, de que nuestro churro cubre sus carnes con unas calzas de paño burdo, unos pantalones y una chaqueta ídem, amen de un sombrero ídem, en vez del traje ligero y nada engorroso que diz la crónica llevaba el padre Adán.

La economía política es una ciencia mas generalizada de lo que vulgarmente se cree, si se ha de juzgar por los resultados, y una prueba evidente de este semi-axioma lo tenemos en el churro. El ahorro es la base de los capitales, han dicho á voz en grito todos los economistas habidos y por haber, y nuestro héroe, agazapado en el rincón del paterno hogar está tan convencido de este principio que para él capital y ahorro son voces sinónimas.

Vedle si no alimentado y alegre con el uso visual que hace de las pocas ó muchas monedas que se consumen en la oscuridad de su bolsillo, y lleno de orgullo al oír sonar en el fondo del cajón de su mostrador los indefinibles acordes de la calderilla.

Pero sigámosle á su llegada á Valencia, y hagamos alto un momento para considerar el caso de que nuestro héroe sea heroína, ó el churro se convierta en churra. Esta, á quien no nos atrevemos á incluir de buenas á primeras en el bello sexo considerado estrictamente, ocupa en la ciudad del Cid las habitaciones mas reservadas de las casas y ejerce las funciones mas delicadas para nuestros estómagos. Su honradez á toda prueba, sus argumentos de mano maestra y su cabeza aritmética, la ponen á cubierto de las contingencias amorosas que embaucan á la mas pintada, y á nosotros de levantar mas su púdico velo, para continuar con nuestro tipo macho.

Este, no pudiendo resistir su curiosidad á la vista de tanto nuevo como á sus ojos se presenta, dedícase durante dos ó tres días á ver y mas ver, conducido por su cicero el carretero que en tal caso suele siempre ser pagano, aunque por otra parte sea un buen católico.

El churro admira los aparadores de las tiendas en la calle de Zaragoza; se extasia chupándose los dedos en la puerta de los cafés; sube al Miguelete y enseña á todo el que quiere oírle, cual es el camino de su tierra; va al teatro á escuchar las gracias de Perico García ó de Perico de los Palotes, ó las marciales maneras del capitán del Valle de Andorra, ó el sargentón de Catalina.

Durante este tiempo, su cara angelical y sus maneras nada diplomáticas dan á conocer á los pilletes su origen extranjero, y como la ocasion la pintan calva y como siempre hay media humanidad dispuesta á reírse de la otra media, no le escasean las bromas de mal gusto, las degollas en tiempo de la idem y las caguelas en carnavales.

Como las electricidades del mismo nombre se repelen y las del contrario se atraen, segun los físicos, el churro, á los pocos días de su estancia en Valencia, huye á carrera tendida de todos sus compañeros, tan desprovistos de medios económicos como él, y se aficiona repentinamente y locamente por la industria minera que halla sus filones en los bolsillos valencianos, y sus menas en los duros y napoleones acuñados.

Pero no vaya á creerse por lo que acabamos de decir que nuestro tipo se convierte en caballero de industria, ni asiste á las aulas de Caco, ni se afilia en la cofradia de Candelas; él es tan hidalgo como si fuera vizcaino, y ni oro molido que fuera; que para lograr su objeto le bastan sus manos lavadas (que no es lo mas comun), su cuerpo fuerte y ágil para ejercitarse en cualquier industria y su cerrada boca, en la cual no entra ni moscas, ni otras cosas mucho mas apetitosas, si atacan á su bolsillo.

Por no molestar á nuestros lectores con un alarde de erudicion, que les prevendría regularmente contra el artículo que les ofrecemos, no hemos querido recordarles el origen etimológico de la palabra que sirve de nombre á nuestro tipo.

Pero como la susodicha palabra es atrozmente anticastiza y nos asaltan escrúpulos literarios acerca de su uso, arrepentidos de nuestra primera determinacion, decimos á guisa de testigo pagado:

Que allá en los tiempos del rey que rabió (no olviden Vds. la fecha) hubo otro que no rabiaba, pero que había sido nombrado soberano de Aragón. Este buen señor, al jurar su elevado cargo, quiso que le entendiesen aragoneses y valencianos, como si dijéramos Pravia y Pilloña, y para ello en vez de decir *juró ni churo*, dijo *churro*. ¿Estamos? Pues pasemos adelante.

Cuando nuestro tipo sale algo vanidosillo, y se le meten demasiado en la cabeza las letras de su escuela, dice para si con Espronceda:

¡Yo con erudicion cuánto sabria!

Y cátrate Periquito hecho fraile, ó lo que es lo mismo, el churro convertido en estudiante. No queremos seguirle en este terreno bastardo, y le dejaremos en paz ir á comer la sopa boba, cuando habia conventos, ó acompañar niños á la escuela en nuestro siglo de instruccion enciclopédica.

Entre tanto, el verdadero tipo, amante del comercio en general, con la misma vocación se dedica á pesar confites, que á examinar la longitud de una vara, ó á profundizar la extension de una medida de aceite.

Así es que desprendido á los pocos días de los cariñosos brazos de su cicero, y acomodado en el último rincón de un lugar comerciable (es decir, donde se comercie) nuestro hombre empieza á dedicarse en cuerpo y alma á la industria consabida, sin que le detenga en su camino la misteriosa atracción de los teatros, cafés, juegos y mujeres, foco insaciable donde los demás miserables horteras gastan sus ahorrillos.

Para el churro no hay tentaciones posibles, si se exceptúa la de contemplar ensimismado el sencillo mecanismo, por el que las monedas pasan del bolsillo de los parroquianos á los abismos deliciosos del mostrador.

Mientras dura este primer período de aprendizaje, el futuro comerciante escribe alguna que otra vez á su familia, relatándole sus esperanzas y deseos: pero mientras esas esperanzas y deseos no se convierten en relucientes napoleones, el padre se limita á enviarle por medio del consabido carretero consejos y mas consejos, y á encargarle economías y mas economías.

Es raro que al cabo de mucho tiempo de práctica en tal sistema, y conociendo el dueño de la casa la honradez inatacable de su churro y sus excelentes dotes comerciales (amen si el principal es de la misma casta y le huele de lejos), es raro, repito, que nuestro hombre no ocupe el principal puesto en la casa que asaló como al descuido, y que quien solo metió un poquito el pié, no se alce como suele decirse, con el santo y la limosna.

Llegado á tal punto de riqueza, y sin extralimitarse de sus costumbres económicas, el churro tiene ya una distracción mas en sus horas de ocio: lee el diario, si bien es verdad que de ese diario no lee mas que la cuarta cara, y que su política exterior é interior y su entusiasmo por la perfeccion humana se reduce á saber: si el cacao paga mucho de puertas; si el azúcar terciado es mejor que el remolacha, y si en la tienda del esclavo ó del gran turco se venden los garbanzos un maravedí por libra mas baratos que en la suya.

El cariño de familia que nunca se apaga en los corazones bien nacidos se manifiesta entonces con mas vehemencia, y ya no se limita á consejos orales por medio del carretero. Es preciso ver al chico, saber como le prueba Valencia, darle cuatro apretados abrazos, y hacerle perseverar en el buen camino emprendido. Estas delicadas atenciones cuestan á nuestro tipo unos cuantos suspiros al desprenderse de otros tantos reales con que obsequiar á su dilatadísima parentela, si bien puede comerse en cambio impunemente unos cuantos huevos de las gallinas de su corral, y especialmente uno puesto quince días antes por su favorita *in illo tempore*.

Después de estos percances y tras de algunos reinados del feroz Saturno, si la fortuna ayuda un poco, el churro empieza á ser propietario, y luego primer contribuyente, y luego quizás poseedor de una carretela donde se embute con guantes calados y aire aristocrático; pero á pesar de ese brillo exterior, no muy frecuente que digamos, y á pesar de esos alardes de vanidad, no creais que el churro ha dejado de ser churro.

La higiene le dice que la alimentación moderada alargará la vida y su cocina parece la de un maestro de escuela: la moral le dice que el hombre honrado no debe un cuarto á nadie, pero tampoco consiente que le deban, y en cuenta y razon parece la maquinaria de un reloj (que ande bien); la religion le dice que la ociosidad es madre de todos los vicios y trabaja como un desesperado para aumentar su capital.

En suma el churro, en su pueblo, en Valencia, en Madrid, y al fin del mundo, es siempre el mismo.

Un modelo de hombres honrados, nada fastidiosos y algo egoistas. Agur, amigos lectores.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

Costumbres de Tetuan.

MATRIMONIOS HEBREOS.

Tetuan 7 de marzo.

Entre las raras y diversas costumbres de este pueblo, ninguna mas interesante, ninguna mas fecunda en originalidades y extravagancias que la ceremonia de un casamiento hebreo. Desde mi llegada á Tetuan he visitado con frecuencia la casa de un sacerdote llamado Salomon, hombre franco, de buenas costumbres, muy instruido, y contrario á los usos de todos ellos; ninguno de su familia ha pedido nada á los españoles, ni me han interesado nada por el lavado, costura ni cuanto se me ha ocurrido.

Por medio de este he adquirido los datos para los dos artículos anteriores de moras y judías, en los que he detallado sus costumbres; quedábame el entierro y el casamiento. El primero lo han manifiestado ya algunos periódicos y carece de rarezas, pero el casamiento es otra cosa. Hé aquí sus detalles:

La boda principia el sábado por la mañana; á las

ocho va el novio á rezar á la sinagoga acompañado de sus padres; á su llegada á la casa, convida á varios jóvenes parientes y amigos, les da un gran almuerzo, concluido el cual se separan hasta la noche. A las siete de esta se reúnen otra vez; cada uno viene provisto de un instrumento, que consiste en un violín, pandereta ó tamboril; bailan y cantan canciones de los antiguos hebreos, forman diversos y bonitos juegos, toman té y se separan.

El domingo y lunes pasan desapercibidos, y solo se ocupa el novio de los preparativos de boda.

El martes por la mañana vuelve el novio á convidar á los mismos del sábado, envían una anciana que es cocinera, acompañada de un criado á casa de la novia, con un gran plato ó bandeja que contiene pasas, dulces, dátiles y una botella de licor que ofrece á su desposada, y el padre de esta regala á la cocinera.

Esta quita á la novia la cinta ó cordón con que se sujeta el cabello, lo que lleva al novio, y desde este acto se mete la novia en otra habitación, de la que no sale hasta el día que es conducida á casa de su esposo, quien solo se priva de salir á la calle. A la llegada de la anciana se hace *alfechá*, que consiste en cebolla frita, en la que cada uno de los presentes pone una cucharada de miel; de esto se le manda un plato al novio, y todos los parientes regalan á la anciana, la que da parte al criado que la acompañó.

El miércoles se hacen tortas, nuevos convites, se limpia la casa y habitación donde han de vivir los desposados, y se prepara la ropa.

El jueves se compra carne, huevos y frutas, se tiene nueva fiesta en ambas casas, y se vuelve á hacer *alfechá*.

En la noche de este día, que ellos llaman de viérnes, se vuelve en ambas casas á convidar á los parientes y amigos, se baila, se juega, se coloca en cada casa una mesa en el patio, las judías blanquean las calles de los esposos al rededor de sus casas, y el baile dura hasta la media noche. La novia sigue encerrada.

A las doce del viérnes llama el novio al barbero y convida á la familia de la novia á su casa; se afeita, comen y regalan al barbero.

En la noche de este día hacen en ambas casas su convite á la familia y amigos. Reunidos los de la novia, vienen á casa del desposado y le ruegan vaya este y su familia; se viste desde luego, y va con ellos á su casa, donde cena sin que se deje ver la novia.

El sábado por la mañana temprano, acompañado el novio de su padre, va á rezar á la sinagoga donde acostumbra hacerlo el padre de su futura. Este que ya se ha anticipado, tiene encendidas muchas luces, les acompaña en su rezo, y concluidos los lleva á su casa, donde les da de almorzar. A la tarde vuelve á ir por ellos, comen juntos y se separan, teniendo aquella noche gran baile en ambas casas.

En la mañana del domingo reunidos en la casa del novio el sabio y dos testigos y los padres de ambos, se forma el contrato. El novio se obliga al dote, y por la noche entre todos trasladan los muebles de la nueva casa á la del novio.

El lunes compra este un buey ó vaca, al que se le ponen los vestidos y joyas de la novia: el sabio le rompe un huevo en la frente, lo degüella, y la carne sirve para la boda, mandándole á la novia el mejor pedazo. Este día convida el novio para la comida solo á sus parientes; y á la tarde manda á la desposada un presente, que consiste en carne asada, dos peces, una botella de vino y otra de licor, debiendo ella regalar á la que se los lleva.

Por la noche se presenta en casa de la desposada la familia del novio, la madre la saca con la ropa mas mala, la entrega á las mujeres de la familia de aquel, y estas la visten con la ropa de gala, concluyendo por ponerla la *coalla* ó manto encarnado, con el que se cubre la cara, colocándose en el último rincón de la sala durante la comida, que consiste en gallinas, dulces, licores, etc., volviendo después á su cuarto, donde se desnuda acompañada de su madre y algunas jóvenes.

El martes por la mañana sale la novia bien vestida, pero tapada con la *coalla*; sus parientes le pintan los piés y manos de encarnado, tienen un convite, y los despiden.

Mientras tanto, se celebra otro convite en casa del novio, se pone el contrato sobre una mesa, en la que todos ponen dinero que sirve para el escribano.

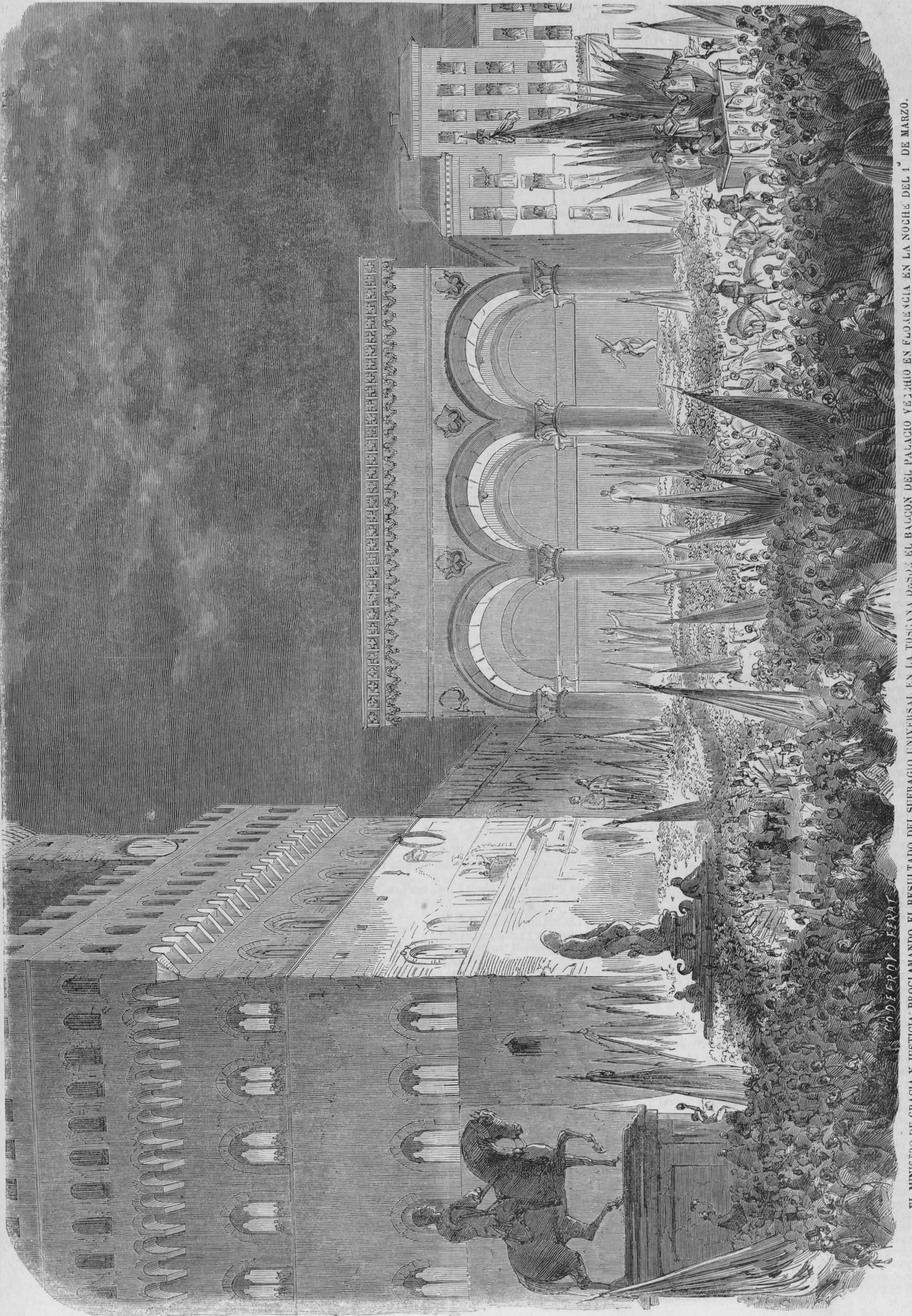
Al oscurecer se viste la sala con colgaduras, se ponen muchas luces, y en un extremo el tablado que estos usan para la cama, y sobre el cual está la novia, teniendo delante una cortina. A las ocho de la noche, la familia del desposado va por la novia, la visten de gala y la conducen con la cara tapada con un velo blanco á casa del novio, entre multitud de cirios encendidos. Llegada á la casa, sube con su madre al lecho, se corre la cortina y queda allí hasta el día siguiente. A seguida el novio en la misma sala da un gran convite á sus parientes y amigos, que dura hasta una hora avanzada, durmiendo él aquella noche al pié del lecho nupcial.

El miércoles muy temprano se va el novio á rezar á la sinagoga; mientras tanto se prepara un altar en el que se coloca sentada á la novia, con todas sus joyas y la cara tapada con el velo. A la vuelta del novio y á presencia del sabio y de los padres, aquel le hace presente las obligaciones que ha contraído; él dice: acepto, en cuyo punto pone á su esposa un anillo en el dedo, toman todos un vaso de vino, alaban y bendicen á Dios, beben, y bajan á la esposa.

La familia del novio la toma la mano derecha, la



ALDEANOS TOSCANOS DIRIGIENDOSE A VOTAR A FLORENCIA (Véase la correspondencia de Florencia en a página 243.)



EL MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA, PROCLAMANDO EL RESULTADO DEL SUFRAGIO UNIVERSAL EN LA TOSCANA DESDE EL BALCON DEL PALACIO VECCHIO EN FLORENCIA EN LA NOCHE DEL 1.º DE MARZO. (Véase la correspondencia de Florencia en la página 243.)

CODÉ FROY-FERAT

suya la izquierda; y despues de pasearla por toda la casa la suben á su lecho, donde permanece hasta la noche, en la que el novio, despues de comidas y convites pasa á unirse con ella.

El sábado siguiente muchos convites y bailes; el domingo, lúnes y mártés nada, y el miércoles baja la novia de su lecho, hace alcuzcuz, hay nueva fiesta y comida, y desde este día sale el novio á la calle.

De todo esto se deduce que la boda dura quince días, y que todos se divierten menos la novia, por su perpétua reclusion, pues aunque el novio no puede salir á la calle, al menos participa de las fiestas con sus parientes y amigos.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuación.)

» Una mañana los dos enamorados entraron en el cuarto del padre, y arrojándose á sus piés imploraron su consentimiento para casarse. Fácil es de adivinar la contestación. Marini fué arrojado á la calle, y miss Fanny quedó confiada á la vigilancia de su tía materna, lady Biriby, que se llevó á la linda culpable á Roma.

» Aquí se acaba el primer acto de la comedia. Lo restante se puede decir en pocas palabras. Burlando la vigilancia mas cuidadosa, miss Fanny logró escaparse con su novio que la habia seguido á Roma.

» Este deplorable desenlace ha causado la mas penosa sensación entre todos los ingleses de Roma y de Florencia. Se asegura que el noble lord no ha tomado ninguna medida relativamente á los fugitivos, porque se halla resuelto á abandonar enteramente á su hija.

— Está bien hecho, exclamó sir John arrugando el periódico en sus manos trémulas de emoción. Si yo fuera su padre, jamás recibiría de mí un chelín; que se muera de hambre. Conozco mucho á lord Carnifex, y ¡vive Dios! que no le volvería á hablar en mi vida si debiera de tener algo de comun con ese...

La última palabra no la oyó el doctor, pues al pronunciarla el baron se levantó muy irritado y comenzó á pasearse por el aposento.

— ¿Y de qué sirve ya tanto furor? preguntó tranquilamente Antonio.

— Sirve de aviso á todas las locas que pueden hallarse dispuestas á deshonorar á sus familias, respondió sir John.

El doctor con voz conciliadora se atrevió á presentar la observación siguiente:

— Por fortuna, dicen que el jóven pertenece á una familia honrada.

— Cargue el diablo con esa honradez, exclamó sir John; una especie de mendigo, un mozo que vive del producto de sus pinceles.

— Así vivieron Miguel Angel y Rafael, dijo Antonio que se animaba por grados.

— Está muy bien, dijo el inglés; pero yo á ninguno de ellos habria dado mi hija.

Antonio se contuvo para no responder amargamente.

— ¡Miserable! continuó el baron enardeciéndose mas y mas; ¡es decir que no hay un inglés en toda Italia con bastante corazón para matarle! Habria motivos para renegar de ser inglés.

— Vamos, vamos, sir John, dijo Antonio con un tono de buen humor; no hay que ser tan severo. El amor á veinte y dos años hace perder el juicio.

— ¡El amor! repitió el baron riendo desdeñosamente; ¡las libras esterlinas es lo que quería el tunante!... No se casan mas que por dinero esos... malditos aventureros italianos.

Antonio se encendió como la grana y se mordió los labios.

Quizá el inglés lo conoció; pues hizo una pausa de un instante deteniéndose delante de Antonio, que con los brazos cruzados sobre el pecho se apoyaba en el piano; luego, cediendo á un impulso repentino, sir John le alargó la mano y dijo con noble sencillez:

— Hago muy mal en herir vuestros sentimientos. Os suplico que me perdoneis, no tuve intención de ofenderos. Esa odiosa historia me ha hecho salir de mis casillas. Confieso que tengo una aversión invencible á los casamientos con extranjeros. No hablemos mas del asunto; ¿quereis jugar un rato?

Antonio aceptó y se sentaron á jugar; pero sir John estaba tan distraído, que le costó mucho trabajo á su adversario el hacerle ganar.

Ya eran cerca de las doce de la noche cuando el doctor salió por la puertecilla del jardín; en vez de volver á la derecha para tomar el camino de Bordighera, tomó á la izquierda, bajó el sendero que conduce á la mar y se puso á pasear por la orilla.

Su marcha aunque mas lenta que de costumbre, no denotaba ninguna agitación interior, y lo mismo su rostro, al cual la pálida claridad de la luna daba una expresión de serena solemnidad.

Así se paseó largo rato, y al cabo se tendió con la cara vuelta hacia el cielo. La luz de la aurora le encontró en la misma posición. Entonces se levantó, y como reasumiendo los resultados de sus largas meditaciones, exclamó en alta voz:

— ¿Qué importa, al cabo y al fin, que un hombre sea feliz ó desgraciado, con tal de que cumpla siempre con su deber? Así pues, ¡Viva la Italia! ¡mi primero y mi último amor!

Y dicho esto, tomó el camino de su casa.

Desde aquel día cesó de mostrarse taciturno; la calma y la apacible sensatez que daban tanto prestigio al italiano, recobraron su curso ordinario como en la época en que hicimos conocimiento con él.

¿Había triunfado de la lucha interior aquella noche de meditación solemne, ó habia suministrado solo al combatiente las fuerzas necesarias para reprimir sus manifestaciones exteriores? ¿Se hallaba Antonio en la soledad de su propia casa tan dueño de sí, tan sereno, tan alegre como lo estaba en la posada en presencia de Lucy?

Dejemos este secreto entre Dios y él.

XIX.

EL FIN DEL IDILIO.

Hacia uno de esos días sofocantes del mes de agosto que tanto pesan sobre el sistema de las personas nerviosas, y durante los cuales la naturaleza, como agotada, parece que suspende su movimiento en cierto modo. Los rayos del sol atravesando una capa delgada de nubes blancas, bañaban la tierra produciendo un calor sofocante. Ninguna hoja se agitaba, no se oía el canto de un pájaro, y hasta las cigarras estaban en silencio. El único ruido que por intervalos interrumpía esa calma solemne, era el canto quejumbroso del cucullo llamando á su compañera.

Lucy habia querido dibujar, arreglar sus flores, estudiar al piano, dormir, y todo con mal éxito; por fin se habia recostado sobre un sofá casi sin aliento.

— Gracias á Dios que habeis llegado, exclamó cuando apareció el doctor Antonio; hace dos horas que os espero, estoy mala.

— ¿De veras? dijo Antonio palideciendo; ¿qué teneis? He encontrado á sir John que iba á casa del conde hace una hora, y no me ha dicho nada.

— Es que yo no he dicho nada á mi padre, respondió Lucy; ya está bastante incomodado porque no ha recibido noticias de Aubrey.

— ¿De vuestro hermano?

— Sí; Aubrey debia escribir por la mala de la India, que segun sabemos ha llegado, y no ha traído carta.

— Lo siento, dijo Antonio; pero hablemos de vos; ¿no habeis tosido?

— No; me siento incómoda, muy débil, oprimida, rendida por el calor.

— No es extraño; cada cual padece mas ó menos con este tiempo. Veamos vuestro pulso... no hay fiebre. Sin embargo, vuestros nervios están agitados... recostaos tranquilamente, añadió arreglando los almohadones bajo la cabeza de Lucy, y voy á tratar de que volvais á vuestro estado normal. Miss Hutschin, continuó alejándose. ¿quereis hacer un vaso de limonada fuerte para miss Davenne? El zumo de dos limones en la mitad de un vaso grande de agua.

— Sí, señor, respondió miss Hutschin con una voz melosa.

Debemos decir que miss Hutschin se hallaba enteramente subyugada; la conquista habia sido difícil, pero en fin, Antonio la habia terminado felizmente. La doncella en otro tiempo intratable, solicitaba ahora la atención del doctor, y tenia orgullo en seguir sus instrucciones.

Antonio volvió un instante despues seguido de Speranza cargados ambos con una porción de ramas.

Arrojaron su carga al suelo y Rosa trajo despues una regadera; el doctor regó las ramas muchas veces, y dijo:

— Esto nos refrescará, con tal de que no dejemos entrar el aire encendido que circula en el exterior.

Cerró bien la vidriera y bajó la cortinilla verde para que quedara una luz opaca.

— ¿Está buena la limonada? preguntó cuando Lucy dejó el vaso.

— Sí, refresca mucho.

— ¿Os sentís dispuesta á dormir?

— No, dijo Lucy; ¿os marchais?

— Me marcharia si tuviérais sueño; pero ya que no le teneis, me quedaré. ¿Quereis que os lea un rato? continuó Antonio, y dirigiéndose al estante volvió con un libro; ¿quereis oír alguna cosa de vuestro poeta favorito, Giusti?

— ¡Cuántas cosas sabeis! exclamó Lucy en vez de responder á la pregunta; ¿qué será de mí cuando ya no esteis...

Lo demás de la frase se perdió en una explosión de lágrimas.

El pobre Antonio se quedó en pié con el libro en la mano, y gruesas lágrimas asomaron á sus ojos.

Sin embargo, recobrando al punto su imperio, exclamó:

— ¡Qué nerviosa sois! llorais sin motivo, como si debiérais marcharos mañana. ¿No conoceis el proverbio italiano: *Prendi tempo e camperai*?

El tono de su voz era el de una madre que riñe á un hijo idolatrado.

Hubo despues una pausa, durante la cual Lucy se repuso poco á poco de su emoción.

— Doctor, preguntó de repente, ¿creéis en los presentimientos?

— No por cierto, respondió con presteza Antonio.

— Pues haceis mal, dijo Lucy gravemente; ¿no me habeis hablado una vez de plantas sensitivas que predicen las tempestades? Pues bien, yo soy una de esas plantas. Estoy segura de que me va á suceder alguna desgracia, me lo dice el corazón.

— Estais bajo la influencia del viento del Sur, y eso es lo que excita vuestros nervios. Un buen chaparrón acabará con vuestro mal y con vuestros presentimientos.

Lucy meneó la cabeza con incredulidad, y añadió:

— ¿Quereis leerme alguna cosa?... Lo que gustéis.

— Vamos á leer *Il Brindisi di don Girella*. Es muy gracioso, quizá os hará reír.

Y poniendo una silla cerca de la vidriera á fin de aprovechar la poca luz que entraba, comenzó su lectura.

Tenemos nuestras razones para precisar con minuciosidad los detalles de esta escena doméstica, y la posición respectiva de Antonio y de Lucy.

Un poco á la derecha de la puerta vidriera, á cinco ó seis pasos de distancia, estaba el sofá en el cual descansaba Lucy, con la cara vuelta hacia la luz.

Miss Davenne llevaba un vestido de muselina blanca con un cinturón azul; su sombrero de paja colgaba de sus cintas azules del respaldo del sofá justamente encima de su cabeza.

Hutschin con los brazos cruzados estaba sentada á la mesa que habia en medio del cuarto, conteniendo con un trabajo enorme los bostezos, que obstinadamente se empeñaban en abrirse paso.

Enfrente de Lucy, es decir, á la izquierda de la vidriera, pero tan cerca de ella que la cortinilla verde tocaba al libro, estaba sentado Antonio.

Ahora bien, la lectura duraba hacia un rato, y mas de una vez los chistes del inimitable poeta habian hecho nacer una sonrisa en el pálido rostro de Lucy.

Poco á poco, sin embargo, las intenciones del autor llegaron menos lucidas á su espíritu, y la voz sonora y melodiosa del doctor calmándose como el murmullo de un arroyuelo, llevaron á la jóven á ese estado delicioso que precede al sueño.

De repente se oyen pasos fuertes en la escalera; Lucy se estremece involuntariamente.

— ¿Quién puede ser? dice con voz trémula.

En el mismo instante la puerta vidriera se abre con estrépito; un hombre de proporciones colosales entra en el aposento, y con voz estentórea exclama:

— ¡Lucy! ¡Al fin te encuentro!

Y al mismo tiempo el coloso animado se inclina para abrazar á la jóven.

— ¿Pero qué es esto? continúa el recién llegado. ¡Por Júpiter! con tus ramajes verdes y tus regaderas, pareces una pastorcilla de teatro... ¡Una choza y tu corazón! ¡Ja, ja, ja! ¡Y nada falta para que el idilio sea completo, ni siquiera el pastor!

— ¡Aubrey! exclamó Lucy como enfadándose.

Pero no pudo decir mas. No hay para qué decir que el juramento y aquella salida se dirigian á nuestro amigo Antonio. Este fue empujado tan violentamente con la puerta cuando Aubrey entró, que estuvo á punto de caer al suelo, y en el esfuerzo que habia debido hacer para guardar el equilibrio, se cayó su silla.

El recién llegado se habia vuelto al ruido, y entonces distinguiendo á Antonio, habia soltado la necia chanza relativa al pastor.

Los ojos de aquellos dos hombres se encontraron de una manera poco amistosa.

El aire altanero de Aubrey, su ceño fruncido, su labio plegado, su actitud un poco agresiva, denotaban pocas simpatías hacia el hombre que en aquel momento media con sus miradas.

La expresión y el ademán de Antonio, que revelaban un hombre que está sobre la defensiva, indicaban muy claro que habia conocido la aproximación de un enemigo.

Así se quedaron examinándose el uno al otro, tipos hermosos de dos grandes razas; el uno rubio, con el cutis rosado, los ojos azules (¡los ojos de Lucy!); el otro sombrío como la tempestad; el inglés mucho mas alto que su antagonista, que era ya muy alto, con el pecho cuadrado, los hombros anchos en proporción, el verdadero *nec plus ultra* del desarrollo muscular y de la fuerza; el italiano, menos enorme, pero tan sólido como él, ágil y flexible como un tigre, con nervios y músculos de acero, servidores siempre dispuestos de la indómita voluntad que se descubria en el fuego sombrío de su mirada.

¡Dios haga que esos dos hombres no choquen jamás encolerizados, pues su encuentro seria como el choque de dos nubes que llevan el rayo!

No tardaron diez segundos en examinarse de ese modo; pero ese corto tiempo bastó para desarrollar entre ellos un violento sentimiento de antipatía.

Lucy con sus instintos de mujer lo adivinó, y su terror que crecía de punto la desató la lengua:

— Mi hermano, el capitán Davenne, — el doctor Antonio, mi médico, el mejor amigo de mi padre, dijo en forma de presentación.

Estas palabras dieron fin á la escena. El capitán Davenne se inclinó ligeramente; el doctor hizo lo mismo.

Este último recomendó á Lucy que permaneciera tranquila y se acostara temprano si no se sentía bien por la tarde; y luego se retiró.

Aubrey comenzó á dar puntapiés á todas las sillas y á todos los sillones del cuarto, hasta que al fin habiéndolos dispuesto con cierta simetría al lado del sofá, se tendió sobre esa cama improvisada, sin dejar de hablar en alta voz durante ese tiempo.

De ese modo pudo saber Lucy entre los intervalos de las patadas, el encadenamiento de circunstancias felices que la habia procurado la dicha inesperada de ver á su hermano.

Hé aquí lo sucedido.

El compañero enfermo cuyo servicio había recaído sobre Aubrey, se había restablecido con más prontitud de lo que se creyó; de modo que el capitán Davenne había podido partir por la mala de la India que debía traer su carta, y cuya llegada sin ella había incomodado tanto al baron aquel mismo día.

¿Para qué había de escribir Aubrey puesto que debía estar en Inglaterra al mismo tiempo que su carta?

Había encontrado en Londres á Tom Carnifex, el hijo mayor de lord Carnifex, á quien su padre había mandado que pasara inmediatamente á Florencia. Tom ofreció á Aubrey un puesto en su britschka; este había aceptado, y hé ahí cómo Aubrey se hallaba en la posada.

En cuanto al desconocido que había encontrado en compañía de Lucy, no dijo una palabra.

Imposible nos sería pintar los trasportes de júbilo de sir John, cuando un instante después al entrar en el cuarto distinguió al lado de Lucy á su hijo querido, cuyo regreso había deseado con tanto ardor durante tanto tiempo.

Sir John habría hecho locuras si el sentimiento de su decoro se lo hubiera permitido.

¿Con cuánto orgullo y ternura miraba á su hijo!

Es verdad que las proporciones hercúleas y los rasgos soberbios de Aubrey habrían excitado la admiración de un juez más imparcial que su padre.

Las preguntas del baron obligaron á Aubrey á contar otra vez más las circunstancias que habían apresurado su partida, y entonces principió entre el padre y el hijo un fuego graneado de preguntas y de respuestas.

No era de extrañar que tuviesen mucho que decirse al cabo de una separación de diez años. Así charlaron sin interrupción hasta el momento en que John Duckett llegó para poner la mesa. El capitán Davenne felicitó á John por su buena cara, honor que produjo en el grave rostro de John un gesto de satisfacción profunda.

Luego el padre y el hijo se retiraron al aposento de sir John, de donde salieron al anuncio de que la comida estaba servida.

Aubrey comió y bebió abundantemente, y mientras comía y bebía, hizo en voz alta el elogio de los manjares, de los vinos y de la situación, sazonando sus expresiones con carcajadas que hacían temblar platos, vasos y botellas, y hasta la puerta vidriera.

— ¿Y en qué posada te ha dejado Carnifex, hijo mío? preguntó el baron.

— En ninguna, respondió Aubrey; yo he dejado mi maleta en una especie de taberna donde él cambió de caballos. John, habrá que recogerla y traerla aquí.

— Temó, dijo el baron, que no haya cuarto disponible en esta casa, que es tan grande como una cáscara de nuez.

— ¡Oh! contestó el joven, en la guerra como en la guerra, puedo tenderme en el sofá, ó aunque sea en el suelo. Aquí estoy y aquí me quedo, pues supongo que no me arrojareis á la calle.

Este era el ultimatum de Aubrey, y se veía que las mejores razones del mundo no le habrían hecho cambiarle en lo más mínimo.

Hubo pues entre sir John y John Duckett una corta consulta, cuyo resultado fué que John se arreglaría como pudiera, y que se dispondría el cuarto que ocupaba para su joven amo, del mejor modo posible.

John se habría acostado en medio del campo para hacer lugar al capitán Davenne.

Concluida la comida, Aubrey, dejando sorprendido y consternado á su padre, encendió un cigarro enorme.

— Cigarros de superior calidad, exclamó lanzando bocanadas de humo; pienso que el humo no te incomoda, Lucy; á mi padre sé que le agrada.

Lucy respondió que lejos de incomodarla, también á ella le gustaba el olor del cigarro.

Habría estado más en la verdad si hubiera dicho que no podía sufrirlo. ¿Porqué pues aseguraba lo que no era cierto? Lucy, casi sin saberlo, sentía una especie de necesidad de condescender con los deseos de su hermano. ¡Pobre Lucy! ¡Cuántas hermanas tuyas he visto, tan candidas, tan ingenuas como tú, pecando del mismo modo y más gravemente todavía para merecer las buenas gracias de hombres tan salvajes como tu hermano!

Sir John ni aceptó ni protestó contra la afirmación de Aubrey en lo relativo á su persona; quizá no estaba seguro del modo cómo sería recibida una protesta por su parte, ó quizá quiso mostrarse indulgente en aquel día.

Lo que hizo fué proponer que se tomara el café en el jardín, y todos se levantaron de la mesa.

Había pasado ya la hora ordinaria de la segunda visita del doctor, y este no parecía.

— Me prometo que no nos va á faltar el doctor, exclamó sir John después de haber consultado su reloj ó tres veces. La compañía de mi hijo no debe privarme de la presencia de un amigo. Deseo mucho que le conozcas, Aubrey; ese doctor Antonio es el hombre más distinguido que puede verse, es un *gentleman* en toda la acepción de la palabra, y le debemos estar muy agradecidos.

Y entonces sir John contó de nuevo á su hijo, con todos los pormenores, la historia del vuelco, y el socorro tan oportuno del italiano, cosas que ya sabía Aubrey por las cartas de su padre.

Animándose al tratar de aquel asunto, el baron se extendió largamente acerca de las incesantes atenciones de Antonio con Lucy, y sobre los ingeniosos medios que había encontrado para divertirla mientras tu-

vo que estarse en el cuarto. Libros prestados, curso de botánica, lecciones de guitarra, todo se especificó minuciosamente, y el catálogo se terminó con un maravilloso golpe maestro, el sillón inventado por Antonio.

Aubrey escuchó á su padre con una atención suma y un aire de indecible satisfacción, que se puso más y más en evidencia á medida que el buen hermano fué notando el gusto que causaban estos detalles á su hermana querida, de cuyo rostro radiante no apartaba un instante su mirada.

— ¡Cuánto deseo dar un apretón de manos á ese portento de los doctores! dijo Aubrey, y pedirle mil perdones por mi grosería. Supongo que era él quien estaba aquí esta mañana.

— Sí, respondió Lucy.

— Tengo una idea, exclamó Aubrey dirigiéndose á sir John y mirando á su hermana; ¿vamos á casa de ese amigo que os olvida á traerle aquí por fuerza?

— ¡Sí, sí, buena idea! dijo Lucy con los ojos encendidos, y reconviéndose interiormente por haber juzgado tan mal á su hermano.

Sir John aceptó al punto la proposición, el capitán Davenne encendió un cigarro y salieron juntos.

Al pasar por la puerta del jardín, Aubrey se echó á reír á carcajadas.

— ¿De qué te ríes? le preguntó sir John sorprendido.

— ¡Ja, ja, ja! ¡Esta casa tiene un aire tan estrambótico!... Daría cualquiera cosa por llevármela entera á Londres para enseñarla á razón de un chelín por persona. Apuesto á que nadie querría creer que sir John y miss Davenne han vivido en ella y muy contentos durante algunas semanas. Creo, á fe mía, que Hutschin y John han olvidado cómo está edificada una habitación decente.

Sir John vió como una reconvención directa en las palabras de su hijo, y bajó la cabeza.

— Ahora que me acuerdo, dijo Aubrey, tengo que decirlos que el viejo duque de B... me ha preguntado por vos.

— Gracias, exclamó el baron muy satisfecho; ¿cómo está?

— Mejor que nunca, respondió Aubrey; no sabía lo que había sido de vos... es verdad que á todo el mundo le sucede lo mismo. En su casa encontré á la embajadora de *** y á su cuñada lady Carlota Tiney, ambas llenas de sospechas relativamente á vuestra ausencia, y prontas á entrar en cualquiera conspiración que tuviera por objeto sacaros por la fuerza de vuestro misterioso escondite.

— Dios quiera que no ejecuten su amenaza, exclamó el baron riendo; y á propósito de raptos, ¿has oído hablar del bonito lance de Fanny Carnifex?

— ¡El cielo confunda al cobarde mendigo italiano! vociferó Aubrey; sé toda la historia.

— ¿Pero al menos se han casado? preguntó sir John haciendo un esfuerzo.

— Sí, pero es una alianza matrimonial que no durará mucho; Fanny quedará viuda dentro de poco.

— ¿Qué quieres decir? preguntó sir John sorprendido.

Aubrey se detuvo, alzó lentamente el brazo derecho, le mantuvo inmóvil como si estuviera apuntando, y con un chasquido de la lengua imitó el ruido que hace una pistola cuando sale el tiro.

— Tom Carnifex es uno de los mejores tiradores de Inglaterra, mi querido padre, añadió por vía de explicación.

La acción de esta escena era tan natural, y había en el aire del autor una expresión tan salvaje, que sir John no pudo menos de estremecerse. Habiale podido parecer justo un instante que se hiciera un ejemplo con el italiano, pero no puso en su programa que querría asistir á la ejecución.

Absorbidos en una conversación tan agradable, el jefe de la dinastía de los Davenne y su heredero habían llegado delante de la casa del doctor Antonio, justamente cuando este salía bastante mal dispuesto.

Antonio no estaba preparado á que le saludara afectuosamente el tosco desconocido á quien había visto algunas horas antes, y que en aquel momento le estrechaba cordialmente la mano pidiéndole mil perdones por la poca cortesía que había tenido con él en aquella mañana.

Aunque estaba desprevenido, el italiano respondió á Aubrey con toda la ataridada que pudo encontrar entonces á su servicio, y los tres, el doctor en medio, se dirigieron á la posada.

El conde estaba ya de visita hacia algunos minutos, de modo que hubo entre él y el joven Davenne una presentación en debida forma.

La noche no se pasó tan tranquila como de costumbre, pero sin embargo, no por eso dejó de ser agradable.

El capitán Davenne estaba de un humor muy comunicativo; charló cuanto pudo riéndose mucho de sus propias chanzas y de las historias que contaba, y bebiendo abundantemente lo que él llamaba limonada, que lo era en efecto, aunque con una añadidura considerable de ron añejo de la Jamáica.

Algunas de sus aventuras de cacerías de tigres, que contó con mucha animación, fueron escuchadas con interés; sirviendo Antonio de intérprete al conde, que sabía tanto inglés como sir John sabía italiano.

Lucy se retiró temprano, pero había tenido tiempo para ver que se establecieron relaciones amistosas entre Antonio y su hermano. Pensamos que la pobre Lucy dormiría aquella noche con sueño sosegado.

Cuando dieron las diez, sir John y Antonio comen-

zaron como de costumbre su juego de ajedrez; el baron cometió mil torpezas; evidentemente pensaba en otra cosa.

A la otra mañana á eso de las ocho, Lucy, que había tomado su baño y había descansado una hora ó dos, se disponía á bajar. Al atravesar la antesala encontró á su hermano instalado ya en el sofá y bostezando fuertemente.

— ¿Dónde vas? preguntó Aubrey.

— A regar mis flores; tengo un bonito jardín, ven á verle.

Aubrey se levantó, fué á ver el jardín y le admiró mucho.

— ¿No eres tú quien le ha dispuesto como está?

— ¡Oh! no; ha sido Speranza, la hija de la posadera, una buena muchacha; y las plantas casi todas me las ha dado el doctor Antonio. ¿No son hermosas?

— Muy hermosas, dijo Aubrey, y luego añadió: ¿sabes, Lucy, que me gusta mucho tu doctor Antonio?

— ¿De veras? exclamó la joven mirando á su hermano con ojos radiantes de júbilo.

— Pocos hombres he visto de aire más imponente que el suyo; es seguramente un hombre muy distinguido. Quisiera que fuese duque y par de Inglaterra.

— ¿Porqué? dijo Lucy; te aseguro que él está muy contento con su suerte.

— Porque si fuera duque, hariais los dos una hermosa pareja.

Lucy se puso encarnada como la grana; Aubrey prosiguió lentamente con una voz clara, dura y cruel:

— Pero en el estado en que se hallan las cosas, antes que casada con ese hombre preferiría verte muerta y enterrada.

La regadera se escapó de las manos de Lucy, y sus rodillas flaquearon.

— ¡Dios mío! exclamó Aubrey levantándola; no te espantes por una simple suposición.

Y sin pronunciar una palabra más, pasó su brazo vigoroso en torno del talle de su hermana, y subiendo con ella la escalera, la llevó al sofá.

Esta fué la primera y la última vez que entre ellos dos se pronunció el nombre del doctor Antonio.

El doctor llegó á la hora acostumbrada, pero en vez de la acogida que siempre le hacía Lucy, no recibió más que una reverencia silenciosa.

Las mejillas de la joven estaban sumamente pálidas y sus ojos encarnados.

Antonio la preguntó cómo se hallaba, y ella le respondió con precipitación que estaba perfectamente.

Quiso tomarla el pulso; pero Lucy le aseguró que no lo necesitaba, puesto que se sentía muy bien. Cuando se inclinó sobre su hombro á mirar su dibujo, ella se acordó que había dejado en su cuarto un pincel que necesitaba en aquel momento, y se levantó para ir á buscarle.

En la pobre Lucy se notaba una violencia que Antonio no había visto nunca. El corazón del doctor se oprimió dolorosamente.

No dudaba que Aubrey fuera la causa de aquella alteración en las miradas y en las maneras de Lucy; pero ¿cómo y porqué? ¿Tenía él algo que ver en ese nuevo estado de cosas? Con gusto habría derramado su sangre para aclarar aquel misterio; ¡sí, por estar diez segundos solo con ella, diez segundos no más, para hacer una pregunta y recibir una respuesta, por eso daría su sangre!... Se quedó mas tiempo que de costumbre á fin de aprovechar una ocasión si es que se presentaba. Pero en vano; había entre ella y él como una muralla que era imposible salvar.

Cuatro días pasaron sin que la situación se mejorase. Aubrey se había aficionado tanto á la miserable posada, que ni las repetidas invitaciones del conde, ni las exhortaciones de su padre que le decía que tomara su caballo y saliera á ver las bellezas del paisaje, pudieron determinar el colosal dragón á dejar un momento la posada, á menos que Lucy no saliera, lo que sucedía ordinariamente por la tarde; entonces Aubrey tomaba el brazo de su hermana bajo el suyo y sostenía con ternura sus pasos.

Todo el día, desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, Aubrey permanecía en la casa, la mayor parte del tiempo tendido en el sofá fumando y bebiendo su breva favorito ó haciendo temblar el piso con su marcha de gigante.

Su sonrisa más graciosa, su apretón de manos más cordial eran para Antonio, á quien había cobrado tal cariño que por nada en el mundo habría perdido un minuto de la compañía de su nuevo amigo.

Era en suma un buen muchacho el capitán Davenne; muy vivo, muy social, de carácter franco, que estaba satisfecho con poca cosa, y que jamás hablaba de los inconvenientes de su cuarto en el piso bajo, el cual no tenía nada de cómodo; pero en fin nunca manifestaba ni con la boca ni con los ojos el deseo de dejar su morada actual.

Es cierto también que su conversación con sir John rodaba casi siempre sobre Londres (por supuesto el Londres fashionable), sobre las diversiones de Londres, sobre los parientes y las relaciones ilustres de la familia Davenne, sobre el sentimiento general por la prolongada ausencia del baron y otras cosas por el mismo estilo. Regularmente sir John era el que sacaba la conversación; pero ¿no era muy natural que un hijo respetuoso continuara hablando de cosas que tanto agradaban á su padre?

Sin embargo, el brillo de la salud se oscurecía rápidamente en las mejillas de Lucy, y su cabeza se inclinaba lánguida como una azucena privada de los rayos

del sol. No era bastante para la pobre Lucy el verse privada de repente de las alegrías y de los beneficios que resultaban para ella de sus relaciones amistosas con el doctor, felicidad que el hábito había convertido en una necesidad muy dulce, sino que tenía que ponerse una máscara y desempeñar un papel cruelmente en oposición con sus sentimientos.

A decir verdad, no sabía con precisión qué es lo que la obligaba a obrar de tal manera; pero una advertencia misteriosa la indicaba interiormente que solo así podía evitar algún suceso terrible.

Su corazón estaba lleno de presentimientos y de extraños temores. Las demostraciones de amistad que Aubrey prodigaba a Antonio, lejos de calmarla aumentaban sus inquietudes. Aun en su inexperiencia conocía que aquella benevolencia excesiva era afectada, y se limitaba a puras exterioridades; ¿qué motivos podía tener Aubrey para seguir esa conducta?

La joven entristecida hasta lo sumo pensaba continuamente en la hostilidad del primer encuentro entre los dos jóvenes, en la significativa alusión que Aubrey había hecho una mañana, y en el cambio súbito que se había operado en las maneras de este último.

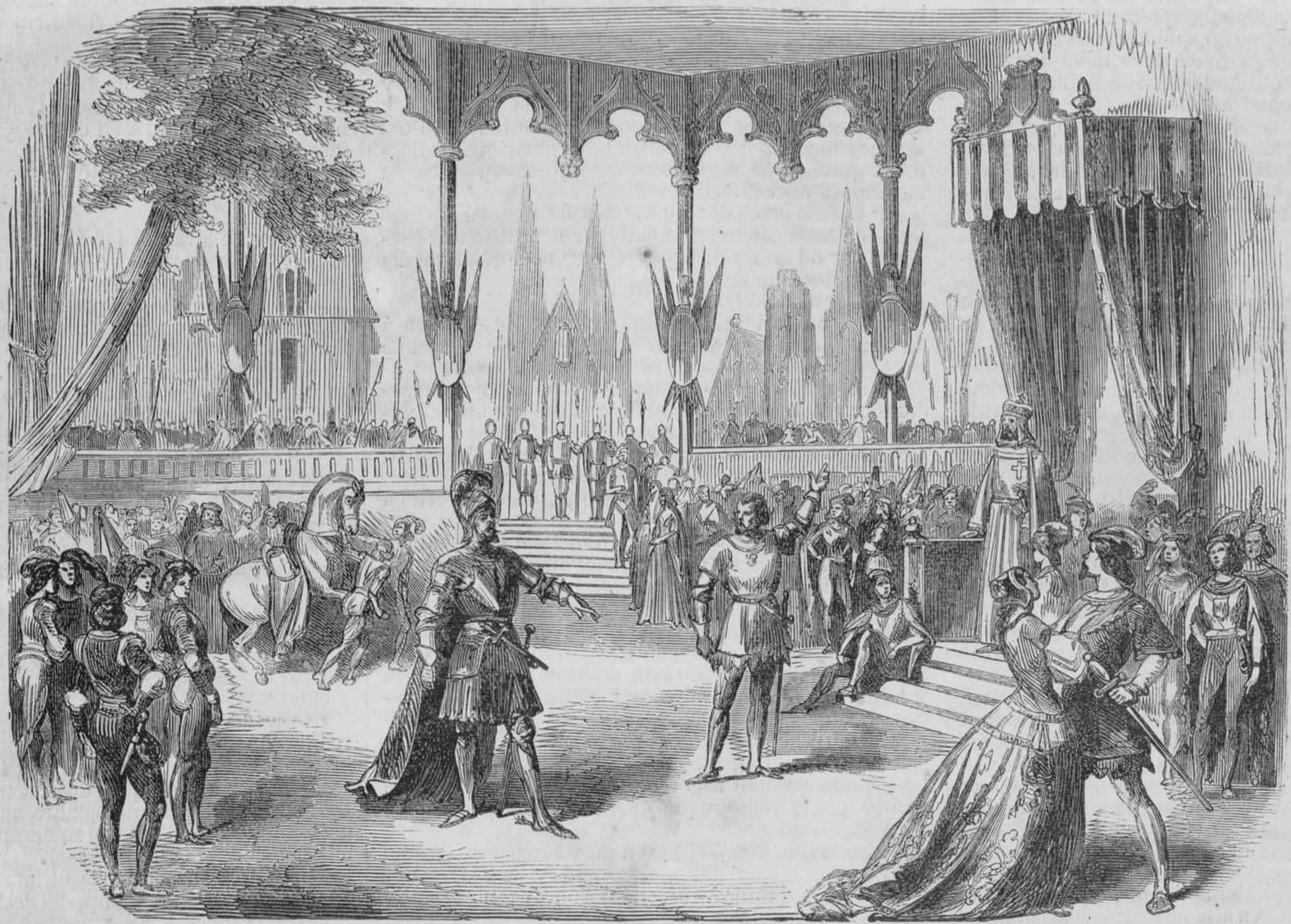
Los recuerdos relativos a la infancia de Aubrey no eran propios para neutralizar las malas impresiones que hacía nacer el hombre. Aubrey había pasado su infancia en Eton, y Lucy no había conservado más recuerdo de las vacaciones de su hermano que los terrores que la causaba por su muñeca. Pero así mismo conservaba ideas sumamente claras acerca del medio año que Aubrey había permanecido en casa antes de entrar en el servicio.

Las contiendas casi diarias entre el padre y el hijo, su madre anegada en lágrimas, la tristeza que iba cundiendo por toda la familia, el mal humor de Aubrey, y en fin los temores continuos que la inspiraba, todo esto estaba grabado en la mente de la joven.

Tales eran las imágenes y los sentimientos que en su espíritu se relacionaban con su hermano.

Los años habían suavizado aunque no borrado estas impresiones, y el hombre que hasta la llegada del capitán se había imaginado Lucy, era nada menos que un tipo de sumisión y de sentimientos afectuosos.

(Se continuará.)



PRIMERA REPRESENTACION EN MARSELLA DEL JUGEMENT DE DIEU, OPERA DE MM. A. MOREL Y CARCASSONNE.
4º acto. El desafío.

Teatro de Marsella.

PRIMERA REPRESENTACION DEL *Jugement de Dieu*, OPERA EN 4 ACTOS.

Las pruebas de descentralización política deben necesariamente producir ensayos de descentralización literaria. Es muy natural que las provincias arrancadas al predominio absoluto de la metrópoli se estueren también por sustraerse a su influencia moral. No examinamos aquí las cuestiones que surgen de este divorcio; pero si es provechoso a la libertad y favorece los intereses del arte, hay motivos para aplaudirle. Varios ejemplos demuestran que puede ser así: la reciente representación de una ópera nueva en el teatro de Marsella acaba de confirmar felizmente esta presunción favorable.

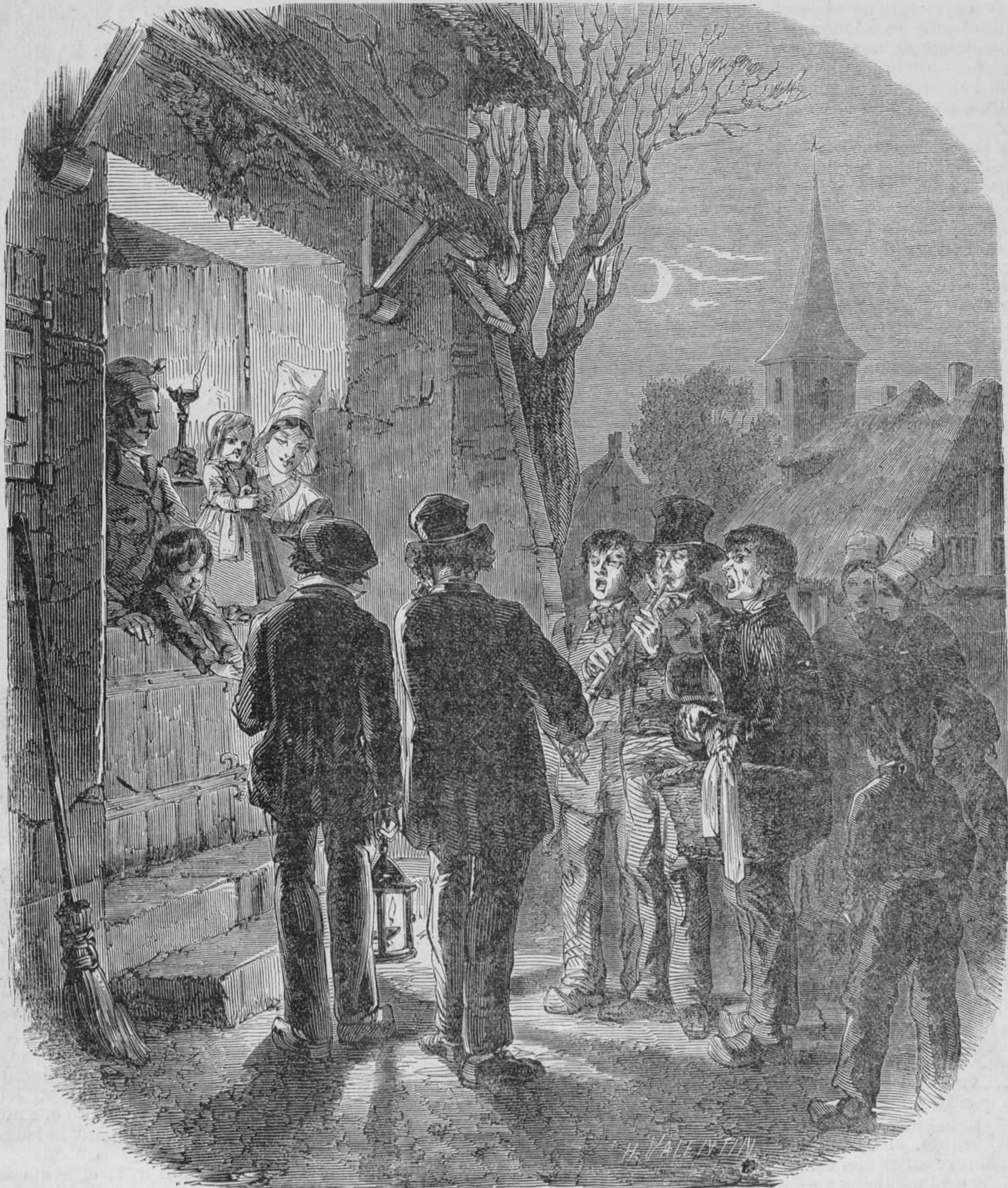
Dos hombres de talento, MM. A. Morel y A. Carcassonne, han querido intentar la prueba de una primera representación en un teatro de provincia: un éxito completo ha coronado su obra. Los elogios unánimes acordados el libreto y a la música del *Jugement de Dieu* nos autorizan a reproducir aquí una escena tomada de esa obra. Nos es imposible emitir una opinión personal sobre una obra que no conocemos; pero si consignaremos que los aplausos han sido grandes en Marsella.

El asunto de la pieza tomada de la historia de los moros de Granada está tratado libremente. Transporta al espectador a España y Alemania, y en seguida se comprende cuánta variedad puede haber en la música de M. A. Morel. La partitura refleja este doble carácter, la fuerza dramática y la severidad del estilo. El *Jugement de Dieu* ha tenido un buen éxito completo, y por eso nos ha movido a reproducir una de sus escenas. C. M.

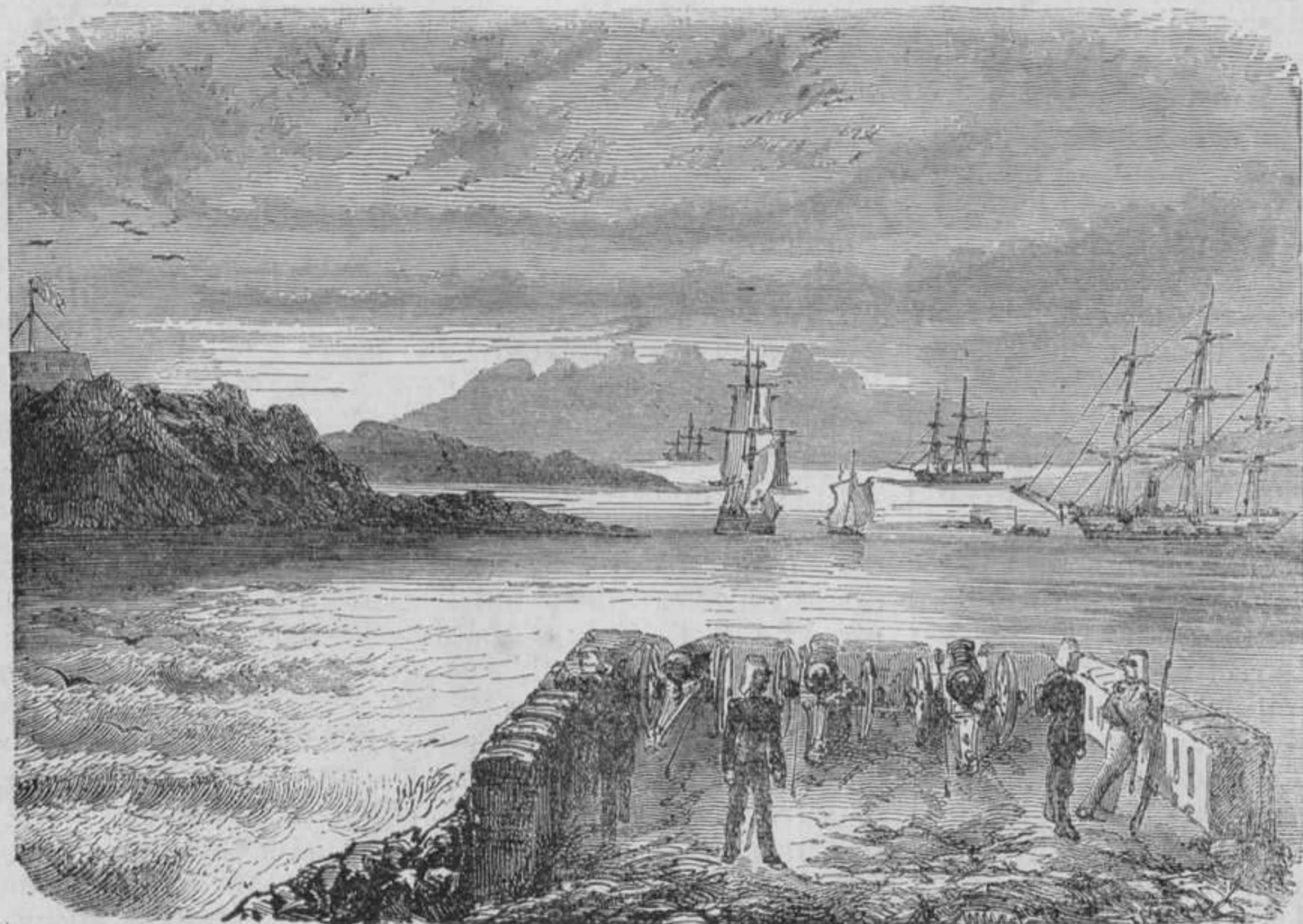
Los cantores de Pascua

EN NORMANDIA.

Dos palabras para explicar el cuadro normando que figura en esta página. La noche que precede al día de Pascua, es costumbre en la baja Normandía que salgan cuadrillas de aldeanos anunciando con cánticos alegres la resurrección del Salvador del mundo a las principales personas del pueblo. En cambio de la buena nueva los cantores son gratificados con muchas docenas de huevos; es un uso muy antiguo y muy popular que se conserva intacto hasta la fecha.



LOS CANTORES DE PASCUA EN LA BAJA NORMANDIA.



RADA DE ADEN, vista tomada de la batería de las Damas.



PUERTA DE ADEN, vista tomada del interior.

Expedición de China.

De una correspondencia francesa fechada el 3 de febrero de 1860 á bordo de la *Nemesis*, camino de Aden á Ceylan, tomamos las siguientes noticias:

«El general con su estado mayor se embarcó el 12 de enero en Marsella, llegó el 15 á Malta donde fué recibido por el gobernador inglés; partió el mismo día; llegó á Alejandría el 19, á Suez el 20 por el ferrocarril, y se embarcó al punto en la *Nemesis*, vapor de la compañía peninsular y oriental de 2,400 toneladas y de la fuerza de 600 caballos.

A la mañana siguiente la temperatura baja considerablemente, tanto que el termómetro estaba á 30 grados centígrados el 26 de enero, día de la llegada á Aden. — Parada de doce horas. — El general pasa á tierra siendo saludado por los fuertes con 21 cañonazos. — El gobernador está ausente; el general es recibido con su estado mayor por el segundo comandante, que le ofrece refrescos y una comida en la cual se brinda al emperador, á la reina y al triunfo de la expedición franco-inglesa. — Visita de las fortificaciones.

Aden se encuentra sobre el sitio de un volcan apagado. La rada está defendida por baterías; las crestas de las rocas volcánicas que rodean la población están armadas con algunos fuertes, y la lengua de tierra que une la península con la tierra está defendida por una obra continua. Esta última defensa se dirige contra las poblaciones tumultuosas del interior.

La ciudad presenta el aspecto que tienen todos los pueblos orientales: construcciones moriscas y ni un solo árbol. Una nube de buitres se cierne constantemente en los aires, y está prohibido cazarlos, porque mantienen en la ciudad una limpieza relativamente muy grande, pues devoran las inmundicias de todo gé-

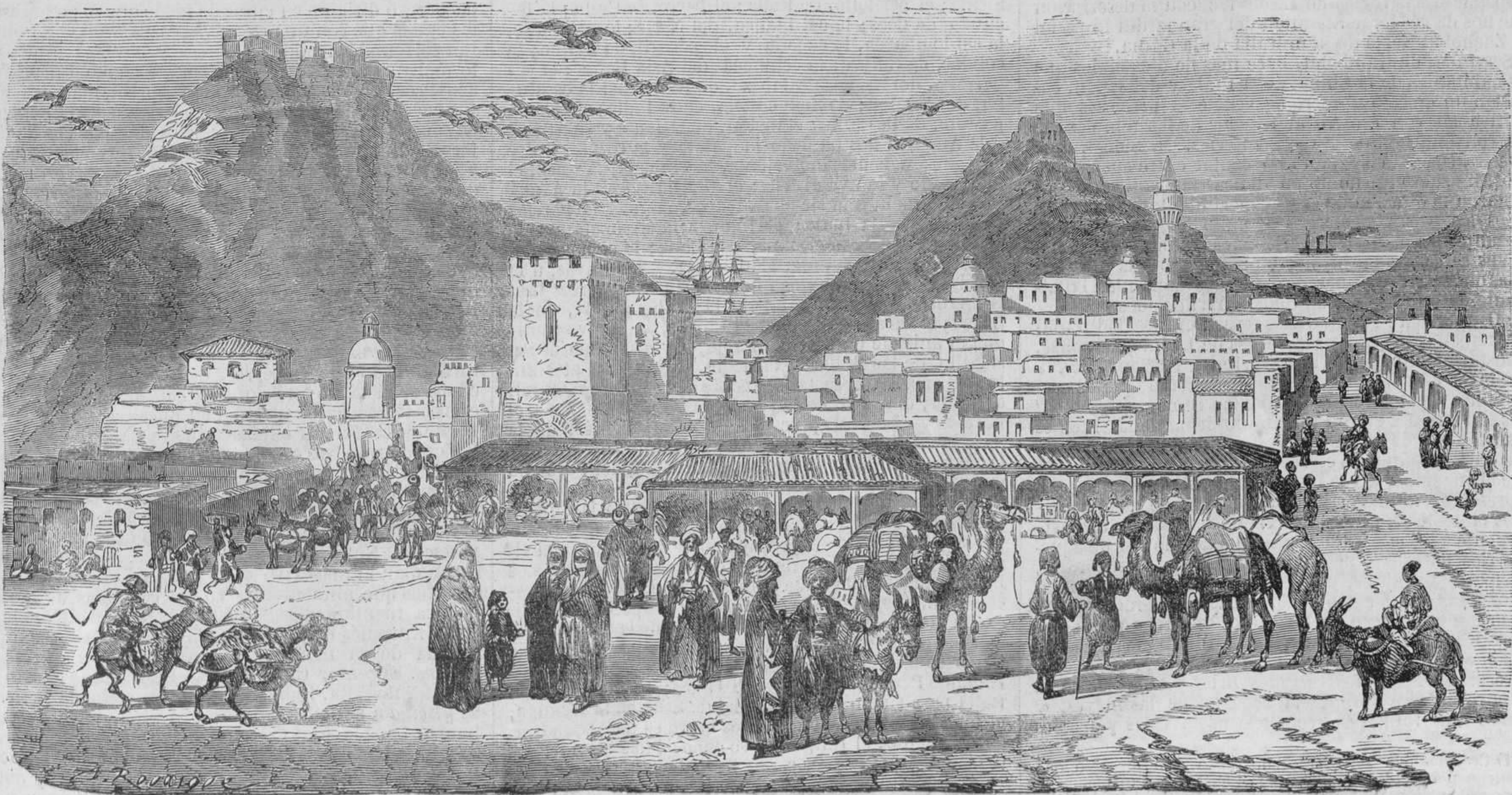


KANGUSTANDJI, baniano de la secta de los parsis.

nero. — Poblacion de 20,000 habitantes; negros, árabes, judíos, banianos, todas las religiones están allí mezcladas. He dibujado el retrato de un baniano muy rico. Los banianos son los banqueros del país; prestan dinero á un rédito que varia entre 100 y 250 por 100, se enriquecen considerablemente, y entonces se visten con lujo y se cubren de alhajas notables por su trabajo y de fabricacion indigena. El baniano que figura entre mis dibujos es además *parsi*. Los parsis forman en Asia una secta religiosa particular; son adoradores del fuego y tienen costumbres muy benignas. Sus plegarias consisten en prosternarse ante el sol al amanecer, al medio día y al anoecer. No tienen mas de una esposa. Cuando uno de ellos muere, le ponen sus mejores galas y le llevan á las cumbres de los montes donde queda expuesto á las aves de rapiña. Los parientes y los amigos vigilan cerca del cadáver. Cuando el buitre comienza por comerse el ojo izquierdo, y el muerto *puede ver todavía* con el ojo derecho el sol al medio día, va derecho al paraíso; si no su alma se condena. Ahora hay que advertir que la piedad filial ó paterna consiste en tapar muy bien el ojo derecho para que la cosa pase como se desea.

En una cuadrilla de 150 presidiarios que llegaron á Aden con el grillete, conducidos por cuatro indígenas armados, nos enseñaron dos hombres de buena presencia, uno de ellos muy viejo; son dos jefes de la última insurrección de la India, que terminarán su existencia en este lugar de expiación. — La guarnición inglesa se renueva cada medio año. La ciudad posee dos mezquitas, una de ellas bastante hermosa, y un bazar donde ya se vende opio.

Después de la comida los oficiales ingleses acompañaron á bordo al general y á su estado mayor. Nueva salva de artillería. — Una vez á bordo el general les



VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DE ADEN.

obsequia con un *lunch*. — Nuevos brindis. — Cuando los oficiales se vuelven á su embarcacion, nos saludan con un triple *hurra*.

Advierto que no he contado mas que incidentes muy ordinarios; pero en fin, vamos á proseguir nuestro camino; en los primeros dias de marzo estaremos en Shang-hai, y mis correspondencias tendrán sin duda mas interés cuando principien las operaciones. »

A. D.

Discurso pronunciado por M. Drouyn de Lhuys (1),

VICEPRESIDENTE DE LA SOCIEDAD ZOOLOGICA DE ACCLIMATACION ESTABLECIDA EN PARIS.

Sesion del 10 de febrero de 1860.

« Señores:

En el momento que, merced á la elevada proteccion del emperador y á augustos patrocinios, dedicamos nuestros esfuerzos á alzar en el bosque de Boulogne sobre nuevas bases un monumento á la zoología y á la botánica, no será tal vez estemporáneo buscar en lo pasado, en diversos pueblos y en diferentes épocas los vestigios de empresas que tienen mas ó menos analogía con la nuestra.

Desde la mas remota antigüedad fue célebre el Asia por la magnificencia de sus jardines. Diodoro nos ha dejado la descripcion de los que Semiramis mandó formar en la falda del monte Bagistano, y cuya fama era tal que Alejandro se apartó en una de sus expediciones de su camino para visitarlos. El esplendor de los *Paraisos* de la Persia se refleja en las brillantes poesías que describen sus maravillas. ¿Queréis iniciaros en los misterios de los jardines chinos? Tomad por guia á nuestro sabio colega el abate Hue, y estudiad con él el *Poema de los jardines*, compuesto en el siglo XI por un hombre de Estado, Lee-Makouang, ó bien el *Elógio de la ciudad de Moukden*, obra del emperador Kien-Long, traducida en 1770 por el padre Amiot. ¿No sentís como una fruición anticipada del encanto pintoresco de los jardines ingleses en esta descripcion de un antiguo escritor chino?

« ¿Cuál es, dice Lieou-Tscheou, el goce que se exige especialmente á los jardines de recreo? En todos los siglos se ha creído que los plantíos están destinados á indemnizar á los hombres de la vida deliciosa que hubieran podido llevar en el seno de la libre naturaleza, en su verdadera morada. El arte de delinear los jardines consiste en reunir cuanto sea posible el encanto de las perspectivas, la riqueza de la vegetacion, la sombra, la soledad y el reposo, de tal modo que puedan engañarse en ellos los sentidos. La variedad es el mayor atractivo de libre paisaje. Deberá por consiguiente escogerse con preferencia un terreno desigual en que alternen las colinas y los valles, y que esté cruzado por arroyos y por lagos cubiertos de plantas acuáticas. La simetría cansa la vista, y la saciedad y el fastidio nacen muy pronto en un jardin donde se descubre el artificio. »

¿No parece, señores, que vamos á encontrar al pié de este dibujo la firma de M. Barillet ó de M. Varé? Corresponde á las reglas de Lieou-Tscheou la descripcion que nos da sir Jorge Staunton del gran jardin imperial de Zehol al Norte de la muralla de la China.

Segun M. de Humboldt, hace mas de diez siglos que los habitantes de la China, de la India y del Japon, conocian un crecido número de vegetales preciosos que cultivaban con esmero al rededor de los templos, de los conventos y de los cementerios. M. Sieböl, que nuestra sociedad se honra en contar entre sus miembros, ha sido el primero en indicar las causas que facilitaron la difusion de estos conocimientos precoces en todos los paises dedicados al culto de Buddha. Mas adelante, los monasterios cristianos reunieron tambien en sus cercanías las primeras plantas exóticas introducidas en nuestros climas. Los egipcios mantenian igualmente en templos sus animales privilegiados.

¿Os recordaré los prodigios de la suntuosidad romana, aquellos magníficos jardines de Lúculo, Mecenas, Salustio, Pompeyo, César, Agrippa, Pollion, etc., á donde los carrros de triunfo llevaban como ópimos despojos los vegetales conquistados en remotas regiones? ¿Os hablaré del eterno murmullo de aquellas fuentes y surtidores, de aquellas cavernas artificiales, de aquellos bojcs, de aquellos cipreses y aquellos vincaperincas que el ingenioso acero mutilaba de mil maneras para representar animales, flotas y partidas de caza, caprichos fantásticos, que como veis no pertenecen exclusivamente á los siglos modernos? Lo mismo diré de aquellos rios ficticios que llamaban pomposamente Nilos, Euripes y Meandros, y que despues de mil rodeos, iban á desaguar en un receptáculo cercado de verdor y adornado con el nombre de Lago. Los romanos no desconocian los jardines de invierno. Plinio nos dice que con el auxilio del riego con agua caliente se hacian florecer en aposentos cerrados lirios y todas las flores de la primavera durante la estacion de las nieves, y que se veian allí con frecuencia hasta vides y árboles

frutales. Pero no era aun el invernadero en toda su perfeccion. Aunque los antiguos, como lo demuestran algunos descubrimientos hechos en las excavaciones de Pompeya, conocian los cristales, parece que no los habian aplicado á este uso. Se lee en el relato de los viajes de los hermanos Zeni, de 1388 á 1404, que el huerto del convento de Santo Tomás, en Groenlandia ó Islandia, se calentaba con fuentes naturales de agua hirviendo. En el siglo XIII se presenció en Colonia uno de los acontecimientos que mas contribuyeron á que se sospechase que era hechicero Alberto el Grande. Los cronistas refieren que al pasar por esta ciudad en 1249 Guillermo, conde de Holanda y rey de los romanos, se hospedó en el convento de los dominicos. Era el 6 de enero, dia de Reyes; el invierno habia devastado completamente la naturaleza, y una capa de nieve y hielo cubria la tierra. Sin embargo, con gran asombro del príncipe y su comitiva, el ilustre prelado les recibió en un jardin de su convento lleno de árboles cubiertos de hojas, de flores y de frutos como en medio del verano, y se sirvió un delicioso banquete bajo de aquellos bosquecillos embalsamados en que resonaban los trinos de las aves. La preocupacion popular no vaciló en atribuir á las ciencias ocultas este hecho prodigioso, ¿pero no debe explicarse mas bien por los conocimientos que el obispo Alberto poseia en las ciencias naturales y en el arte mecánico, conocimientos que le permitieron adelantarse á su época y organizar en su convento, con auxilio de un invernadero un jardin de invierno? Prescindiendo de este hecho aislado, cuyas proporciones exageró sin duda la crédula imaginacion de los narradores contemporáneos, la creacion de invernaderos propiamente dichos es mucho mas reciente de lo que se cree. Hasta fines del siglo XVII no se obtuvieron por vez primera piñas de India en completa madurez, y Lineo asegura que el jardin del príncipe Eugenio en Viena presentó en 1731 el primer plátano que se ha visto florecer en Europa.

Segun Hallam, Lorenzo de Médicis llenó sus jardines de flores importadas de Oriente, y dió de esta suerte el modelo de una coleccion botánica. Este ejemplo fué seguido en un gran número de ciudades. Hé aquí la lista de los primeros establecimientos de este género con la fecha de su fundacion:

Jardin botánico de Florencia, 1545; de Padua, 1546; de Bolonia y de Pisa, 1547; de la universidad de Leiden, 1575, 1580; de Leipsick, en la misma época; de los farmacéuticos de París, 1576; de la facultad de Medicina de París, 1597; de Montpellier, 1598; de Giessen, 1605; de Atorf, 1625; Jardin de Plantas de París, 1626; de Jena, 1629; de Oxford, 1640; de Copenhague, en la misma época; de Madrid, 1635; de Upsal, 1657; de Coimbra, 1673; y posteriormente, en 1759, el parque de Trianon ofreció un vasto campo á las tareas de Bernardo de Jussieu. Citamos además el jardin de Caserta, fundado en el reino de Nápoles por Carlos III, que envió una nave á la Nueva Holanda en busca de vegetales.

Os decia hace dos años que el mundo vive de productos aclimatados. Permitidme que os presente un reducido catálogo de los vegetales que ha tomado la Francia de las regiones extranjeras. Entre los cereales, el trigo y el alforion proceden del Asia; el centeno, de la Siberia, y el arroz, de Etiopia. Entre las legumbres, el cohombro, de España; la alcachofa, de Andalucía y de Sicilia; el perifollo, de Italia; el berro, de Creta; la lechuga, de Coos; la col blanca, del Norte; la col verde, la col lombarda, la cebolla y el perejil, de Egipto; la coliflor, de Chipre; la espinaca, del Asia Menor; el espárrago, del Asia; la calabaza, de Astracan; la escaluña, de Ascalon; la habichuela, de la India; el rábano picante, de la China; el melon, de Oriente y de Africa; y la América nos ha dado la patata y la cotufa. Entre los frutos, debemos la avellana, la granada, la nuez, el membrillo y la uva al Asia; el albaricoque, á la Armenia; el limon, á la Media; el albérchigo, á la Persia; la naranja, á la India; el higo, á la Mesopotamia; la cereza, al Ponto; la castaña, á la Lidia; la ciruela, á la Siria; la almendra, á la Mauritania, y las olivas, á la Grecia. Entre las plantas que sirven para diversos usos citaremos además el café, de la Arabia; el té, de la China; el cacao, de Méjico; el tabaco, del Nuevo mundo; el anís de Egipto; el hinojo, de las Canarias; el clavillo, de las Molucas; el ricino, de la India, etc. Entre los árboles, el castaño procede de la India; el laurel, de Creta; el sauco, de la Persia, etc. Entre las flores, el narciso y el clavel proceden de Italia; el lirio, de la Siria; el tulipan, de Capadocia; el jazmin, de la India; la margarita, de la China; la capuchina, del Perú; la dalia, de Méjico, etc.

La mayor parte de las plantas de nuestros jardines y paseos son de aclimatacion mas nueva de lo que se supone. El olmo no se propagó en Francia hasta el siglo XVI; no hace doscientos cincuenta años que nos llegó el plátano de Italia; el patriarca de todos los acacias franceses, plantado en 1635 por Vespasiano Robin, existe aun en el Jardin de Plantas, y de la misma época es el castaño de la India. La francesilla y la rosa de Damasco proceden del reinado de san Luis; la lila fué traída de Persia hace trescientos años; Rabalais trajo de Italia para su amigo el cardenal de Estissac la lechuga, el melon, las alcachofas y los claveles de Alejandria, del Piamonte; el tulipan no se conoció hasta principios del siglo XVII; la reseda nos llegó de Egipto y de Berberia hace unos cien años; el rosal de Bengala que adorna actualmente todas nuestras cabañas, data del siglo pasado; solo hace unos sesenta años que la margarita ha tomado posesion de nuestros jardines; los

crisântemos de la India son de 1789; las dalias fueron llevadas á España en 1790, y Francia las recibió del Jardin Botánico de Madrid en 1802.

Segun una obra publicada por M. Moreau de Jonnes en 1825, titulada *El comercio en el siglo XIX*, el número total de las plantas exóticas importadas á Inglaterra hasta aquella época era de 10 á 11,000. Las 47 primeras especies, incluso el naranjo, el albaricoque y el granado, fueron introducidas antes ó en el reinado de Enrique VIII; 533 fueron importadas en el reinado de Isabel; 578, bajo los dos Carlos y Cromwell; 44, en el reinado de Jacobo II; 228, en los de Guillermo y María; 230, en el de la reina Ana; 182, en el de Jorge I; 1,770, en el de Jorge II; 6,756, en el de Jorge III. M. de Candolle evaluaba en 1822, en 7,000 á 12,000 el número de las especies que se cultivaban en los jardines botánicos de París, Kew, Copenhague, Berlin y Moscou.

Pasemos ahora á las conquistas de la zoología. No olvidemos al bosquejar esta historia el glorioso nombre de Alejandro, porque durante todo su reinado, el discípulo de Aristóteles facilitó las investigaciones de su maestro, no tan solo con las riquezas que le prodigó, sino tambien enviándole los productos notables de los paises que recorria como vencedor, y poniendo á sus órdenes varios miles de cazadores y pescadores encargados de proporcionarle toda clase de animales.

No ignorais las tentativas que hicieron los romanos para aclimatar nuevas especies de pescados. El lago de Agrigente contenia una coleccion tan rica como variada. El escaro, procedente del mar Caspio, fué propagado en el reinado de Tiberio con los cuidados de su libertino Optato en las aguas de Ostia, de la Campania y de Sicilia, y el barbo del mar era tan apreciado, que un tal Asinio Celer, que habia sido cónsul, pagó por uno la cantidad de 600 francos en tiempo del emperador Claudio. A mediados del siglo VII de la fundacion de Roma, Licinio Murena inventó para los pescados estanques donde se criaban las especies mas apreciadas, y pronto tuvo imitadores entre la nobleza. Lúculo cortó una parte del monte Pausiipo, abriendo un estrecho para dar paso al mar, y ejecutó obras tan considerables, que Pompeyo, asombrado de su grandeza, le llamó Jerjes con toga, aludiendo á aquel rey de Persia que en su invasion de Grecia cortó el monte Athos para hacer pasar su flota. Despues de la muerte de este epicureo famoso, los pescados de su estanque se vendieron por cuatro millones de sextercios (776,300 francos) (1).

Ilirio, que fué el primero en separar los pescados por especies, dedicó un estanque particular á la cria de las murenas, de las cuales proveyó seis mil para los festines que Julio César dió al pueblo con motivo de sus triunfos. Habiéndose puesto en venta su casa de campo, los estanques hicieron subir su precio á cuatro millones de sextercios. Los ciudadanos mas opulentos, animados con tan buen éxito, acabaron por descuidar los negocios del Estado para no ocuparse mas que de sus piscinas, entregándose á esta industria con una pasion que rayaba en locura. Construyeron verdaderos puertos que recibían y rechazaban sucesivamente las ondas marinas, con rejas de bronce formando menudas mallás, colocadas sobre todos los puntos de comunicacion con el mar, que impedían la entrada á los animales destructores y que huyesen los pescados. Diques y muelles protegían las obras interiores contra el choque de las olas, ó dirigían su curso de modo que se purificasen las aguas que con una excesiva permanencia se hubieran corrompido; pilastras, arcos y bóvedas inmensas formaban dentro frescos albergues, á donde los rebaños acuáticos, huyendo de los ardores del sol, iban á tomar sus cuarteles de verano; se tenia igualmente el cuidado de construir á lo largo de las paredes cavernas de dos formas diferentes; unas rectas para servir de refugio á los peces de escamas, y otras contorneadas en forma de caracol para que pudieran ocultarse las murenas; y los huéspedes de tan espléndidas moradas esperaban allí que los esclavos encargados de su servicio fueran á llevarles el alimento.

Esta extravagante solicitud, todos estos cuidados asiduos ejercieron tal influencia en los hábitos de aquellos pescados, que parecían animales domésticos. Se les dieron nombres, se les enseñó á responder por ellos, á conocer la voz de su amo y á besarle la mano casi del mismo modo que los perros, y los propietarios de piscinas, rivalizando en celo, llevaban un registro de sus crias como se hace en el dia en nuestras yeguerías, donde se conservan cuidadosamente las tablas genealógicas de nuestros caballos de raza. Habia en cada establecimiento nomenclatores encargados de aprender los nombres de estos nuevos clientes, de saber su edad, de llamarlos y de enseñarlos á las personas que iban á verlos, atraídas por la curiosidad de tan singular espectáculo. Entre estos peces cebados, los mas dóciles inspiraban el mas vivo afecto. Plinio cuenta que las anguilas que alimentaban en las cercanías de Liorna en una fuente dedicada á Júpiter, y cerca del templo de los Ancianos en la isla de Chio, acudían á tomar la comida de la mano y se les adornaba con ricos pendientes. El censor Craso se puso luto cuando perdió su murena favorita. Indignado Ciceron, llamaba *Tritones de piscina* á aquellos sevadores degenerados, los cuales habian llegado á tal extremo de locura, que aceptaban sobrenombres tomados de los peces, y los llevaban con tanto orgullo como sus antepasados los de las provincias que habian conquistado. Los Licinios tomaron el

(1) Desobry, *Roma en el siglo de Augusto*. Memoria de M. Costa.

(1) Creemos que será leído con gusto este discurso que contiene noticias curiosas y útiles sobre la aclimatacion en Europa de plantas y animales de otros paises, en cuya laboriosa tarea figura mas de una vez honrosamente el nombre de España.

nombre de *Murena* de su pasión á este pescado, y Sergio el de *Orata* de su afición á las doradas.

Los cuadrúpedos, las aves, los insectos y los reptiles tenían también su palacio en Roma. Petronio nos describe en casa de Trimalcion, al lado de los dátiles de Siria y de Tebaida, enjambres de abejas venidas de Atenas, carneros de Tarento y perros de Lacedemonia. Pedid á los *Scriptores rei rusticae* el plan de un *vivarium*. Estos vastos parques, rodeados de paredes que eran bastante elevadas para que no pudiesen saltar los lobos y cubierta de una capa lisa para impedir que se encaramasen por ella los animales nocivos, estaban divididos en bosquecillos y praderas regadas por manantiales, y alimentaban en estado de libertad rebaños de jabalíes, ciervos, gamos, liebres, cabras, etc., y hasta de lirones y caracoles monstruosos que iban á buscar al África y cebaban para la mesa.

¿Conocéis una pajarera mas perfecta que la que nos describe Varron? «Tengo, dice, al pié del Casinum un rio que cruza mi quinta, y cuyo curso adorna una calle de árboles. Subiendo por esta alameda hácia la llanura, se encuentra mi pajarera en un paraje cerrado á derecha é izquierda por altas paredes..... La forman dos pórticos de doble columnata, cerrados por redes de cáñamo por los lados y por la parte superior; en cada extremo se eleva un pabellon donde los pájaros encuentran un albergue, y estas inmensas y magníficas jaulas están llenas de toda clase de aves, á las cuales se arroja la comida al través de las redes. Un arroyuelo les lleva sus aguas, etc.» Si se exceptúa la libertad, ¿hay nada mas agradable que esta elegante esclavitud?

Tal vez era mas esmerada la hospitalidad que se ofrecía á las abejas. Nada faltaba allí; ni el ingenioso arreglo de las construcciones, ni la eleccion de un sitio propicio, ni la cercanía de las flores y las plantas distribuidas con discernimiento, ni el cuidado de alejar los vegetales nocivos, así como los olores desagradables que repugnan á estos insectos, dice un autor latino, casi tanto como á las jóvenes de la ciudad, ni la tranquilidad del sitio, ni el pequeño canal para darles de beber, ni los guijarros y varitas dispuestas de trecho en trecho á flor de agua, apoyos donde iban á ponerse para beber ó secar sus alas. ¿Pero quién de vosotros, señores, no sabe con todos sus pormenores la vida de las abejas romanas, de las que Columela escribió la historia y Virgilio la poética novela?

Los mariscos no podían ser olvidados en el ardiente afán de la gastronomía de los soberanos del mundo. Sergio Orata ideó el organizar parques de ostras y de poner en boga á este molusco. Envió á buscar ostras de Brindis, y llenó el lago Lucrino de inmensas obras destinadas á servirles de morada. Decían que Sergio sabia hacer producir ostras hasta en el tejado de las casas. El lago Fusaro presenta un espectáculo no menos digno de vuestra atención. Para no extraviarme en este húmedo laberinto, tomaré por guía al profesor M. Coste, que ha sabido coger el hilo. Las ostras efectúan su cria en la estacion del desove, desde el mes de junio hasta fines de setiembre; pero en vez de abandonar sus huevos como una gran parte de los animales marinos, los guardan en incubacion en los pliegues de su capa. Al cabo de algun tiempo la madre vuelve á echar la progenitura en su seno, de donde salen provistos de un aparato de natacion que les permite esparcirse á lo lejos é ir en busca de un cuerpo sólido al cual puedan adherirse.

Su número asciende al menos de uno á dos millones en cada preñado, de modo que en las épocas en que todos los individuos adultos que componen un banco dejan escapar su progenitura, este polvo viviente se exhala como una densa nube que dispersan los movimientos del agua. Si estos animalillos que vagan entonces á millares de millares á impulso de las olas, no encuentran cuerpos sólidos donde puedan fijarse, su pérdida es segura, y se presta por consiguiente un gran servicio á la industria proporcionando un medio de fijar casi toda la cosecha. Tal era el objeto de las obras ejecutadas en el lago salado de Fusaro desde tiempo inmemorial. Se ven en todo su contorno, de distancia en distancia, espacios por lo comun circulares, ocupados por piedras trasportadas allí, y las cuales simulan especies de peñascos que se cubrieron de ostras de Tarento formando bancos artificiales. En torno de cada uno de ellos se alzan postes bastante inmediatos entre sí, y otros, distribuidos en largas hileras, están enlazados por una cuerda de la cual se cuelgan pedacitos de madera que esperan la cosecha flotante. M. Coste hace remontar á los antiguos romanos, y probablemente á Sergio Orata, la industria del lago Fusaro, y esta opinion se halla corroborada por inscripciones y figuras trazadas en dos vasos antiguos. Lo que mas llama la atención, al ver las *Ostrerías* representadas en estos vasos, es la colocacion de los postes plantados en círculos y en diversas direcciones, que indudablemente servían tan solo para recibir y conservar la progenitura de las ostras.

Si el tiempo no me apremiara, os llevaria siguiendo los pasos de este sabio observador á las magníficas obras ejecutadas en Comacchio por la munificencia de los papas y la elevada inteligencia del cardenal Palotta, de 1631 á 1634, obras que trasformaron por decirlo así aquella laguna en una vasta máquina hidráulica, destinada á atraer, retener, alimentar y coger los pescados del mar Adriático, y visitaríamos con él los establecimientos de piscicultura de Huninga, de Saint-Brieuc y de Arcachon, así como las ostrerías nacientes de la isla de Ré, que en menos de dos años cuenta 1,300 parques en una playa antes improductiva.

La creacion de una raza de carneros merinos es seguramente uno de los servicios mas eminentes que se han prestado á la agricultura francesa. Los primeros ensayos se deben á Colbert, pero no tuvieron resultado. Dauventan, á petición de Trudaime, principió en los apriscos de Montbard el curso de sus experimentos, y obtuvo con el cruzamiento de las mejores razas indígenas lanas cuya finura podia rivalizar con la de los productos de España, antes que se importaran á Francia en 1776 carneros de aquel país. Dauventan continuó sus trabajos en Alfort, donde ocupó durante algun tiempo una cátedra de economia rural; y estableció en esta escuela un aprisco que dirigía, instalando en el Museo un rebaño de ensayo. El tercer período de la mejora de la raza ovina data de la fundacion del aprisco de Rambouillet. En 1783, 360 merinos venidos de España formaron el núcleo de este nuevo aprisco modelo.

No debo pasar en silencio el corral del Museo de historia natural que el ilustre Geoffroy-Saint-Hilaire formó en 1793 con los restos del de Versailles, á los cuales agregó algunos apriscos ambulantes que la municipalidad de Paris había mandado embargar como medida de seguridad pública.

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — ¡Pobre Longchamps! — Se reemplazan las carreras de caballos de la Marche. — De cómo se va á la Marche. — La elegancia del día. — Los cascabeles de los advenedizos. — El Jockey Club. — Descripción de este establecimiento. — De las modas de primavera. — De los trajes que necesita un hombre de mundo. — Las telas nuevas de chalecos y pantalones. — La moda masculina gira siempre en el mismo círculo. — Descripción del figurin de este número.

¡Pobre Longchamps! En otro tiempo te esperaban para promulgar las modas; nadie se atrevía á ponerse un vestido ni á adoptar un color que no se hubiese visto en Longchamps; hoy Longchamps no es nada, las carreras de caballos reemplazan las excentricidades y las locuras del Longchamps antiguo.

En la Marche salen á luz las nuevas modas; allí se ven los coches de mas lujo, los caballos mejores, allí la juventud dorada ostenta sus pretensiones y sus vanidades. Las mujeres á la moda tienen allí el teatro de sus triunfos y de sus esperanzas; allí ostentan una desenvoltura que prueba que no es oro todo lo que reluce.

Los elegantes y las lionas van á la Marche en berlinas de posta y llevan postillones adornados de cintas, como los que salen á la Opera Cómica.

En cuanto al gran mundo acude á la Marche en coche con cuatro caballos á la Daumon: este es el supremo buen gusto entre la gente de tono.

Lo que me ha parecido muy extraño es la necia vanidad de ciertos advenedizos que habian puesto cascabeles al único caballo de su carruaje. ¿A qué hacer tanto ruido? Pero tal es el espíritu de nuestra época.

Parece ser que los miembros del Jockey Club tratan de adoptar un traje especial para las carreras de caballos; si este proyecto se realizara, se ganaria seguramente en punto á distincion y elegancia.

A propósito del Jockey Club voy á dar aquí la descripción de este lujoso establecimiento que cuenta entre sus elegidos el mayor número de los nombres aristocráticos de Francia, con muchos del extranjero.

El Jockey Club se encuentra en la esquina del boulevard y de la calle de Grammont. Las tres puertas de entrada son hermosas; el vestibulo espacioso y bien dispuesto, la escalera ancha, y en el primer descansillo se encuentra una escalera parecida á la que se emplea en las carreras, y con una cabeza de jabalí á guisa de trofeo. Es un regalo del baron de Poilly.

Al llegar al primer piso se entra en una antesala donde están reunidos una docena de lacayos con librea á la francesa, y media docena de ayudas de cámara con frac negro y calzon corto.

A la derecha otra antesala para los paletós, bastones, etc. Por esta segunda antesala se pasa á la casa de la calle Marivaux, que está destinada á los servicios accesorios del Jockey Club.

Volviendo á la izquierda se entra en un bonito salon que tiene dos balcones al boulevard, y allí se reúnen ordinariamente las personas que se ocupan de las carreras de caballos y de la cria caballar.

El Jockey Club posee todos los libros y periódicos que tratan mas particularmente de esas materias; las paredes están adornadas con retratos de caballos célebres.

A ese salon sigue otro dorado y adornado con pinturas magníficas que no han costado menos de cincuenta mil francos; tiene tres balcones al boulevard, y es una pieza reservada para el juego del whist, donde se reúnen diariamente los jugadores mas famosos que hay en la capital.

Después viene, á la esquina del boulevard y de la calle Grammont, un salon grande donde se celebran las asambleas generales, y que sirve de sala de conversacion. Aquí se ven dos cuadros del baron Finot, que representan escenas de las carreras.

Sigue una sala de lectura donde hay un gran cuadro de David, poco agradable como composición, pero hermoso como obra de arte, regalado al club por M. O. de Behague, y luego un bonito paisaje de M. de Valdrôme. Por último, se entra en una inmensa galería reservada enteramente al juego.

En el segundo piso en el boulevard hay una biblioteca y una sala de billar, luego un gran comedor; sobre la calle de Grammont otros dos comedores; sobre el patio una gran galería que sirve para las reuniones del comité, y en fin las oficinas del secretario general del club.

Encima están las habitaciones de los secretarios, y en el último piso todos los cuartos del servicio.

Este establecimiento paga 72,000 francos de alquiler anualmente.

Echemos ahora una ojeada á los vestidos de primavera. El hombre elegante necesita tres trajes para cada día, si quiere distinguirse del hombre vulgar. Uno para por la mañana, otro para por la tarde, y otro para la hora de la comida que le sirve de noche.

En la mañana para montar á caballo nada es mas elegante que una pequeña jaqueta corta de tela mezclilla oscura, con talle muy largo, carteras en las caderas y mangas muy anchas. El chaleco es derecho, un poco largo por abajo, con cuello alto, y que se puede abotonar á voluntad, aunque solo cierra con cuatro ó cinco botones.

En cuanto á los pantalones, los hay de cortes muy distintos. Pantalón ajustado ó muy ancho, indiferentemente.

Para paseo á pié, siempre antes de almorzar, se llevan bonitos paletós color gris, cortos y poco ajustados, con una sola hilera de botones, de modo que la prenda puede ir abierta ó cruzada.

Para vestir el frac á la francesa y la levita de paño negro se disputan la palma. Una levita de paño negro, no muy larga, con faldones de un vuelo regular, hace buen efecto con un chaleco claro y un pantalón blanco. Parece que se llevarán muchas levitas este verano.

El frac á la francesa se usa menos largo y con menos bolsillos. Quieren quitarle el carácter inglés que habia tomado poco á poco.

Los chalecos de vestir se hacen derechos ó de chal. Los de chal cierran menos arriba que el año último. Los chalecos derechos con cuello alto avanzan mucho sobre el pecho.

El traje nocturno solo se diferencia de este último por su mayor elegancia en el color del pantalón y del chaleco. Se lleva siempre frac negro ó frac de fantasía.

Las telas á la orden del día presentan una coleccion de cuadros y escoceses para los chalecos y pantalones; es cosa conocida; la moda masculina gira siempre en el mismo círculo.

Voy á terminar con la descripción de los trajes que se ven en el figurin de este número.

El primero es de un joven de veinte y cinco á treinta años. Compónese de un frac á la francesa de paño azul liso, y abotonado con solo un boton por arriba. El cuello estrecho por detrás. Las solapas dejan ver un poco el chaleco y la camisa. Las mangas son anchas y llevan una bocamanga redonda de seis centímetros de altura.

El chaleco de valencias es derecho á la inglesa. El pantalón de cachemira color habana, es tambien derecho y ancho de piernas. Cuello bajo, corbata negra y guantes de color de paja.

La segunda figura lleva el mismo traje visto por detrás. El frac es de hermoso paño de color de castaña con el talle de un largo ordinario. Chaleco derecho de seda; pantalón gris con una listita al lado. Corbata de color de castaña y guantes gris hierro.

El tercer traje es el que se prefiere para visitas y teatro.

Se compone del eterno frac negro, cuyo único mérito es estar abotonado, para que haya diferencia con el frac de soirée. El chaleco es de piqué blanco, de chal, y el pantalón de satin gris perla cae naturalmente. Corbata verde; guantes de color de perla. Un paletó gris cubre el frac cuando se va de paseo.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Fiesta de caridad de San German en Laye.

La beneficencia que trata de multiplicar los medios de recoger limosnas para los pobres, no podia imaginar una obra mas ingeniosa y de mas provecho que aquella que se funda en las diversiones. A esta idea filantrópica se debe la institucion de las fiestas de caridad que han dado nacimiento á las cabalgatas.

La ciudad de San German en las inmediaciones de Paris, acaba de celebrar una de esas solemnidades públicas con el concurso de los regimientos de la guarnicion y de los habitantes mas notables de la ciudad. Hé aquí algunos pormenores de esa fiesta.

El carro de la Beneficencia estaba escoltado por guardias francesas, y en él iban los chicos del regimiento. Elegantemente adornado, llevaba las armas de la ciudad, y en su centro el inmenso cepillo donde debían depositarse las ofrendas.

El jefe de la cabalgata era el teniente coronel Massue, vestido de simple soldado de guardias francesas, y le seguían tres comisarios con trajes de mosqueteros Luis XIII, así como uno de los comisarios civiles de la fiesta. En esta escolta que acompañó constantemente al coronel para transmitir sus órdenes, se dibujaba tambien su corneta de ordenanza, con el pintoresco uniforme de los antiguos guías del ejército de Egipto. El carro de los artistas del teatro representaba las cinco partes del mundo, dominadas por la Europa; en medio de los trajes de todas las naciones se veía un grupo representando al *Tiempo* uniendo á la *Paz* y á la *Abundancia*. El carro llevaba un tiro de seis caballos conducidos por tres postillones vestidos de hombres de armas de la edad media; en las tranjas de oro de los arneses se leían los nombres de las cinco partes del mundo.

La carretela del charlatan, con su música de rigor, llevaba tambien dos caballos conducidos en posta. El charlatan, vestido de increíble, era un oficial del regi-



MASCARADA ORGANIZADA EN SAN GERMAN EN LAYE Á BENEFICIO DE LOS POBRES.

miento. Sus operaciones divertieron mucho á la gente. En el carro del Orfeon, con cuatro caballos, iban el profesor y cuarenta y cinco orfeonistas todos de payasos.

El desfile estuvo magnifico. Los que pedian limosnas eran todos oficiales; algunos de ellos á caballo llevaban unas varas con bolsillos á la punta para recoger las ofrendas.

Los trajes de los enmascarados no podian ser mas pintorescos. Eran soldados de la guarnicion, jóvenes de la ciudad y algunos artistas del teatro. Lo recogido importa 3,000 francos; y este buen resultado hará que

los pobres de San German colmen de bendiciones á los organizadores de la fiesta.

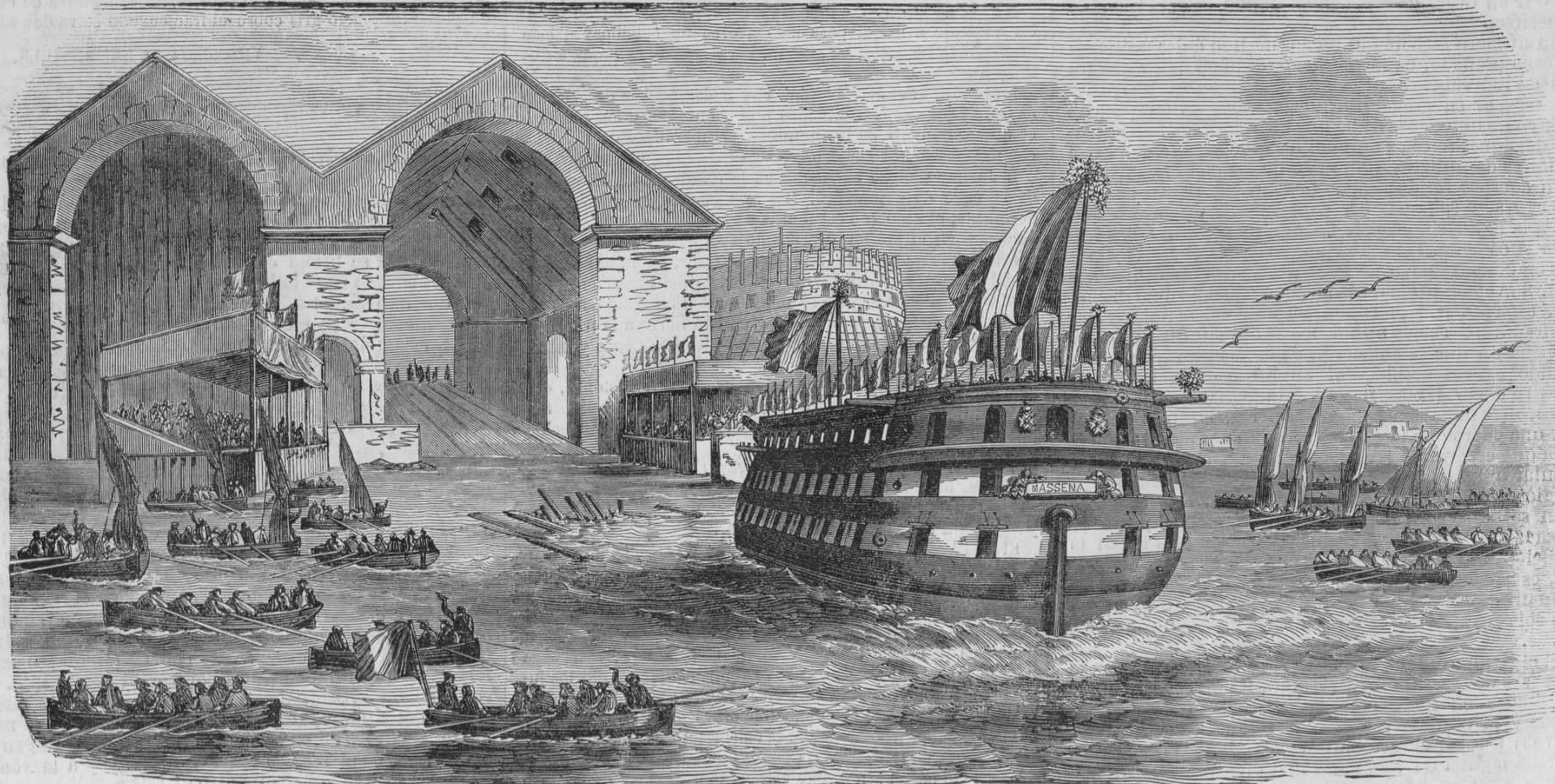
C. M.

Varada del navío el «Massena» en Tolon.

La actividad que despliega en Francia la administracion de la marina se manifiesta sobre todo en el impulso que ha recibido desde hace algun tiempo la construccion naval; impulso que es de buen agüero para el porvenir del poderio marítimo de la Francia Las

fuerzas de mar se aumentan mas cada dia en esta nacion, y con satisfaccion ve el pais este desarrollo que interesa á su prosperidad colonial tanto al menos como á su prestigio marítimo.

El *Massena*, navío de dos puentes, botado al agua en la semana última en Tolon, acaba de aumentar útilmente el cuadro de los navíos de línea. Tan soberbia construccion naval merece figurar entre los primeros buques. — El *Massena* tendrá 90 cañones y una máquina de 800 caballos. Reproducimos aquí la operacion de botar al agua este magnífico navío. X.



VARADA DEL NAVIO DE DOS PUENTES Y DE HELICE EL MASSENA, EN TOLON.